EL PIRATA NEGRO

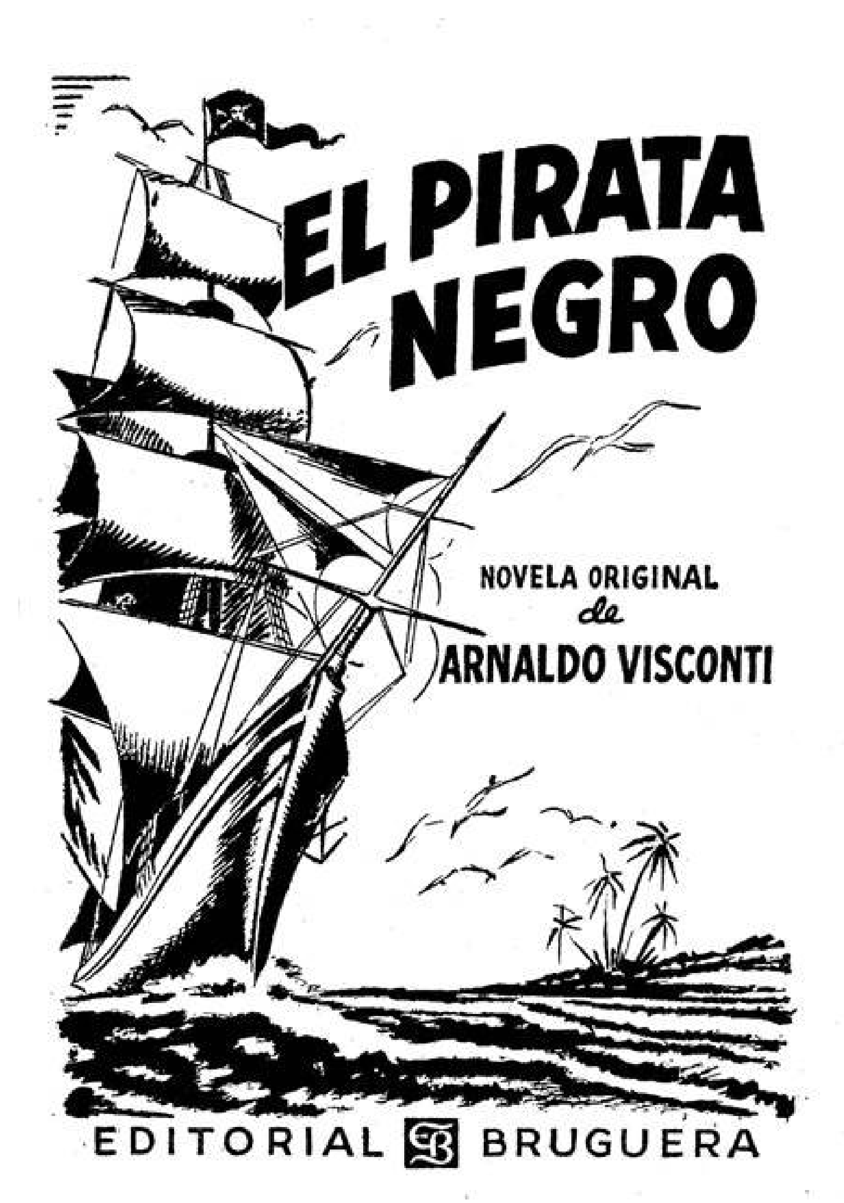
CONTIENE UN EPISO[DIO] COMP[LETO]

PROVENSAL

por ARNALDO VISCONTI

3'50 PTAS

LAS TRES CABEZAS



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Tres cabezas

Colección El Pirata Negro n.° 67

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


TRES
CABEZAS

CAPÍTULO PRIMERO

Vísperas de juicio

Don Artemio Carrascal, coronel-jefe del Cuarto Estandarte de Infantería que llevaba en sus banderines el glorioso emblema de sucesores de los Tercios de Flandes, era un brioso exponente de las cualidades y defectos del soldado que, desde la temprana edad de doce años, ha crecido entre muros de cuartel y tiendas de campaña.

Era la suya una carrera ganada a pulso, sin favores ni influencias. Era coronel en jefe de un Estandarte porque desde el día en que, emocionadísimo, ascendió de pinche ayudante de ranchero a infanzón de banda, hasta el aniversario de sus cincuenta y dos años — cuarenta de los cuales habían transcurrido para él vistiendo ropas militares—, Artemio Carrascal había demostrado ser un fanático de la disciplina y del orden, y un impulsivo combatiente, siempre el primero en la brecha.

La larga melena, el enhiesto mostacho y la ancha perilla, eran los tres adornos capilares que, a su entender, caracterizaban más adecuadamente a los que tenían el privilegio de servir en la nunca vencida infantería española.

Tal vez el único de sus temores era quedarse calvo, porque le repugnaba el uso de peluca, aditamento que consideraba puramente cortesano.

Pero sus melenas, en las que el tinte obscuro negreaba las canas, eran abundantes y leoninas, y también leonino era su andar.

Como muchos de los jefes de por aquella época, don Artemio Carrascal, si bien poseedor de un gran corazón, ostentaba un continente brusco y amenazador.

Había oído hablar de los capitanes-mosqueteros de la nación gala, que rivalizaban en mostrarse exquisitos; pero, a juicio de don

Artemio Carrascal, “aquella finura sólo conduciría a la tierra francesa a un gran desastre, una hecatombe sin igual”.

Y apreciaba a un hombrecillo enteco, al cual mentalmente comparaba con una liebre portando antiparras, porque la endeble figura de Alfredo Huarte, el gacetillero redactor de *La Voz del Hurón*, ocultaba un talento real y un valor de la mejor clase, porque era valentía siempre en lucha con la medrosa influencia de su parquedad física.

Además, maese Huarte era un cantor de las hazañas épicas y un bizarro filósofo, que en letras impresas pregonaba que el mundo sólo alcanzaría el paraíso en la tierra si respetaba las tres grandes verdades primarias: hogar y familia, orden y disciplina, virtud y honestidad.

Por eso, siempre que se cruzaba el coronel con el gacetillero, que por privilegio especial se hospedaba en la casa-cuartel del Tercio, don Artemio Carrascal “pegaba la hebra” con el que estaba casi siempre en profundo y sincero acuerdo con sus ideas.

—¿Venís de Palacio, maese?..—inquirió el coronel, apoyando amistosamente su diestra en el estrecho hombro del gacetillero, mientras con la zurda aplastábase hacia arriba las guías del mostacho y hacia abajo la ancha perilla, en gesto habitual, que si era colérico imponía pavor entre sus soldados.

—De allí procedo, mi coronel. Y mucho me honraría que os dignaseis concederme privada conversación.

Entre ambos había un secreto, un gran secreto. Y el coronel Carrascal sentía, a su decir, “tanta curiosidad como una solterona por averiguar la verdad”.

—¿Se trata de los presos en la mazmorra, maese?

—En parte, sí, a ellos se refiere, mi coronel.

—Vayamos a vuestro despacho y alcoba, maese.

Repentinamente confuso, quiso Alfredo Huarte explicar que su despacho-alcoba era en verdad una pocilga, porque no permitía que nadie pusiera orden entre sus muchos papeles y demás objetos diseminados por lugares que no les correspondían.

Pero ya el coronel, en larga zancada, penetraba en el pasillo conducente a los varios cuartos destinados a huéspedes de honor.

Y como por referencia sabía don Artemio Carrascal la original libertad que el gacetillero concedía al ordenanza puesto a su

servicio para limpiar, no se extrañó demasiado cuando logró sentarse en un escabel, recién abandonado por un viejo gato bufador, evitando antes el pisotear una tortuga que paseábase majestuosamente por entre papeles, hojas de lechuga y restos de caparazones de caracoles.

—Perdonad el desorden, mi coronel, pero para mí es orden.

—¿Dónde está ese belitre de Nemesio que puse a vuestra disposición?

—No le riñáis. Él cumple excelentemente…

—No será manejando la escoba y el plumero. ¡Nemesio Ordóñez!—exclamó estentóreamente—. ¡A la vista!

—Presente, mi coronel, y a la orden—saludó, desde el umbral, el ordenanza.

Perplejo atusóse Carrascal el mostacho, contemplando al soldado, que envuelta la cabeza en vendajes, sosteniéndose sobre una muleta y en cabestrillo un brazo, procuraba componer esforzadamente la figura más marcial posible.

—¿Te pasó un escuadrón por encima?—gruñó, colérico, el coronel.

—Yo os explicaré, don Artemio— intervino el gacetillero—. Conceded venia a Nemesio para retirarse.

—Venia tienes para alejarte un centenar de metros, Nemesio—dijo el coronel—. Y que nadie penetre en el pasillo mientras estoy de charla con maese Huarte.

—Lo ocurrido al buen Nemesio está relacionado estrechamente con los cinco prisioneros, y, sobre todo, con el personaje misterioso que queda por apresar.

—Vos me indicasteis que, para evitar el muy posible intento de que se facilitara la fuga a los prisioneros, instalara yo una guardia especial de mis mejores mastines alrededor de la mazmorra de Palacio. Tal he hecho, y os juro por mis bigotes que ni el mago Merlín logrará dar evasión a los que estarán custodiados por mis soldados hasta el mismo pie del cadalso. Pero ¿qué tienen que ver las descalabraduras de Nemesio Ordóñez con todo eso?

—Os expliqué que Manrique Leal, el ayudante de verdugo, había sido el único que oyó las declaraciones hechas por Cresilda López al ser conducida al cadalso[1], mediante las cuales afirmó que el misterioso personaje español encartado en la conjura del “Corsario

Blanco" era alguien importantísimo.

—Y vos iniciasteis pesquisas.

—Encargando a Nemesio que siguiera los pasos de Fadrique Menéndez.

—¡Refajo!... ¿Sospecháis del señor secretario?

—Hice tan sólo que Nemesio siguiera sus pasos nocturnos; pero unos ladrones apalearon a Nemesio, atacándolo a traición en su primera salida de espía. Y le dejaron sin sentido, seguramente contrariados ante la parvedad de su bolsa.

—Espero que él descalabraría a unos cuantos antes de sucumbir por la fuerza numérica, en superior cantidad, que a calidad no le gana nadie a un soldado de mi Estandarte.

—Lo cierto es que sigue sin aclararse lo más mínimo la desconocida personalidad que, bajo el disfraz del "Corsario Gris", encubría al español felón, reo de alta traición, que informaba a diario al jefe de la conjura.

Y ahora, saquemos conclusiones, mi coronel.

—Eso es, saquemos conclusiones.

—Primero: los cinco prisioneros deben saber quién es el "Corsario Gris".

—¡Refajo que es verdad! ¡Lo revelarán!

—No harán tal, porque les conviene que siga secreta la personalidad del "Corsario Gris".

—¿Por qué?

—Es la única posibilidad que tienen de escapar. Siendo como es el "Corsario Gris" una personalidad que puede andar libremente por Palacio, confiarán en que, para no ser desenmascarado, les evitará el tormento posterior al interrogatorio del tribunal.

—Ya. ¿Y a quién acusó Cresilda López de ser el "Corsario Gris", maese Huarte?

—Debemos en mi profesión poner siempre en tela de juicio los comentarios, inspirados a veces por malas pasiones, en este caso posiblemente rencor. Cresilda López afirmó que sólo podía ser el "Corsario Gris" o bien el señor gobernador...

—¡Refajo!

—...o bien el secretario. Pero aún hay más.

—¿Poco os parece que resulte ser el grandísimo felón de "Corsario Gris" una de estas dos personalidades?

—El conde Ferblanc.

—¿El? ¿Desvariáis, maese? ¿O he oído mal?

—No interpretéis mal mis palabras, mi coronel. El conde Ferblanc ha sido el caballero salvador de la Costa Dorada.

—¡Eso afirmo también yo! ¡Que si en tierra el Tercio es el rey, en mar reina la Legión acaudillada por el conde Ferblanc!

—Por eso tanto más delicado es lo que tengo que deciros.

—A ello sin ambages.

—Uno de los prisioneros es el único amigo que ha tenido y tiene el conde Ferblanc.

—Ante el deber no hay amistad que valga.

—Pensad que el conde Ferblanc es paladín de las buenas causas, pero posee un genio y temperamento de señera independencia.

—Cierto. Ocasión tuve de oírle en Puerto Colombia, cuando le ofrecieron indulto que rechazó con arrogante orgullo. Casi me pareció que era é1 quien indultaba a Su Majestad.

—Por esa misma razón he querido hablaros. Acabo de oírle ante el gobernador, y me parece que se le ha metido entre ceja y ceja dar libertad a tres hombres, o al menos defenderá a tres cabezas. Y ya sabéis que, si con argumentos no lo consigue, es capaz de lanzar a sus huestes contra Palacio.

—Si así fuera, tendría que pasar por encima de mi propio cadáver, y no será tan grave el caso, maese. Doy por seguro que el conde Ferblanc atenderá a la voz del deber. Y si por extravío de amistad olvidara su deber de español, no olvidéis vos, maese, que la mazmorra y los presos están custodiados por mis mejores mastines. Tened, pues, por indudable que nadie podrá salvar a los presos, cuyas cinco cabezas rodarán para escarmiento de maleantes y para mayor lustre de la justicia.

—Así sea—murmuró Alfredo Huarte, con más duda que certidumbre—. Quisiera estar ya a mañana y no en vísperas, de juicio.

—¿Por qué?

—Espero que mañana quedará desenmascarado el “Corsario Gris”.

* * *

Ambrosio Bustamante, apodado “Pencas” por su ingenuo descaro, estaba a sus anchas en la nueva misión que le había sido

confiada por el Pirata Negro.

Debía, como todos los demás piratas del “Aquilón”, deambular por las calles de Santa Fe fingiendo ser uno más de los que comentaban, en vísperas de juicio, les recientes sucesos.

Y, al igual que los demás, no debía demostrar que conocía a sus compañeros. Todos debían mezclarse con la población hasta recibir nuevas órdenes, que un grumete haría circular por entre ellos.

Ambrosio Bustamante pronosticaba futura pelea, y aquello le agradaba. Por el instante, desempeñaba muy acertadamente su papel de curioso, transitando bajo los soportales del mercado.

En cada improvisado corrillo, era él uno más de los oyentes, apartándose si en el grupo reconocía la figura de algún otro tripulante del “Aquilón”.

Tendía por afición el oído, ya que era curioso por naturaleza, y cuantos comentarios populares estaba oyendo le parecían, al igual que a Juan Palomo, el tonto del pueblo, leyendas mágicas...

—Que de muy buena tinta lo sé yo —afirma, doctoralmente, un personaje de gruesa papada. Él “Corsario Blanco” echa luz por las ropas. Una luz blanca, y de ahí su apodo.

—¿Tendrá gusanos de luz en las faltriqueras?..—bromeó un presunto gracioso—. ¿Y quién es, en verdad, ese hombre-antorcha?

—¡Ah! Eso, mañana, en el juicio, se sabrá. Lo que sí no hay quien discuta es que nunca por estos andurriales vieronse presos de tanta monta. Son cinco granujas de alta estirpe, no morralla.

—¿Qué se hizo de la morralla?

—Orden tenía el capitán Lope Holgado, que fué quien conquistó la gruta de “Aguas Revueltas”, de exterminar a todos los piratas, procurando tan sólo apresar en vida al “Corsario Blanco”.

—¿Para qué?

—Secretos de Estado, amigo mío. Lo cierto es que, yendo a capturar tan sólo al “Corsario Blanco”, se encontró con la fácil captura de los otros cuatro.

—¿Que son...?

—Una mujer hechicera, bellísima, de grandes sesos bajo la chiquita frente, de rubios cabellos como la miel, y de tez tan blanca que enamora, porque sin afeite luce tersura. “La Sirena Fatal”.

—¡Aiba! La que devoraba hombres. ¿Y qué otro afiliado a Satán está en la mazmorra?,

—Un español, por más señas de la capital de nuestra patria, que tiene rojos cabellos. Dicen que en medio de la frente luce cicatriz ancha que enrojece de cólera. Pero tiene pacto con diablo, porque usa brazo de hierro y le falta medio tronco, que tiene también de hierro. Y españolísimo nombre tiene de Diego Lucientes.

—Doblemente traidor, que los holandeses excusa tienen, por ambición de quedarse con esta rica tierra.

—Y quedan aún dos discípulos de Lucifer. Uno de ellos, es el lugarteniente del otro. Impone miedo el verle. Es de raza desconocida. Un gigante sin más pelos que los que peina en coleta que le brota del centro de la cabeza. Le pusieron dobles cadenas, porque sus músculos pidieron esta prudencia.

—Entonces, el último que queda es el árabe despiadado que, al frente de sus piratas, asoló con el "Islam" el poblado Queytal, sin dejar alma viva.

—Ese mismo. "El Chacal". Ya sabéis lo que es este animal.

—No.

—Una mezcla de lobo y zorro. Tiene aspecto hermoso. Así es el árabe. Dicen que parece incapaz de la menor maldad, y, sin embargo, es el peor energúmeno de los cinco. Le pusieron triples cadenas reforzadas.

—Será gigantón pavoroso,

—¡Quita de ahí! Es mozo esbelto, pero, como digo, con pacto demoníaco. ¿Cómo de otro modo podía ser? Dicen que cuando aúlla llama en su auxilio al diablo, y entonces sus músculos adquieren tal fortaleza que destroza hombres como un niño quiebra cañas. Le pusieron triples cadenas porque se sabe que en tierra de Europa colocábase entre dos caballos de tiro, los cuales intentaban galopar en direcciones opuestas, sin conseguirlo, porque "El Chacal" sujetaba las riendas.

—¡Yaya, don Luis, que ya será menos! ¿No?

—Cuento lo que me sé de muy buena tinta, que para eso gozo de altas amistades. Y atended a una gran verdad. Si tan peligrosos no fueran esos cinco prisioneros, ¿iba el coronel Carrascal a colocar de centinelas a sus mejores soldados?

Alejóse Ambrosio Bustamante, comprobando que en todos los grupos, con ligeras variantes, iba comentándose lo mismo.

Como gozaba de la confianza de "Cien Chirlos", barruntaba que

el Pirata Negro deseaba facilitar la fuga de Diego Lucientes y sus dos compañeros de mazmorra.

Y el navarro hubiera deseado participar activamente en aquel plan de fuga.

De pronto, una conversación que cerca de donde se hallaba sostenían dos personas, creyó que le inspiraba una idea genial.

Un soldado, vistiendo las arrogantes galas del Cuarto Estandarte, estaba requebrando a una moza de buen ver, acorralándola casi contra la pared cóncava del arco de un soportal.

—...¡y eres tú la segunda mujer más bonita del Universo!— exclamaba, encandilado, el militar.

Rió la criada, contoneándose, aunque algo asustada.

—¿Y cuál es, pues, la primera, señor soldado?

—¡Tu madre, ricura!

—Labia tenéis..., pero no me cerraréis el paso.

—Yo a ti te cierro el paso, porque me juego la vida por un mordisco de tu boca, ¡jaam!...

Ambrosio Bustamante detúvose junto a la pareja, dando cabezadas aprobatorias. El “estilo” agresivo del soldado le parecía digno de ser recompensado. Aquello era chicolear finamente...

El soldado le miró amenazador.

—¿Se os perdió algo, paisano?

No tuvo “Pencas” que esforzarse en absoluto para asegurar, rebosante su rostro redondo de ingenuidad bobalicona:

—Yo opino que nada se pierde a quien no busca ni pregunta, sino que le da a la mira, porque dos ojos tengo que muy míos son, sin ofender ni comentar, sino, como decía aquél, aprende y verás viendo, que mirando...

Amoscado, el soldado, si bien vigilando que no se escapara la moza, gruñó:

—Transitad, paisano. Aquí dirimiendo estoy con mi amada elegida, y no necesito tercerías ni oidores.

—Yo opino que ni soy oidor ni tercero, sino primero, y si orejas me dieron, vos no tenéis culpa, ni yo tampoco. Haya paz donde la guerra sobra, que la buena voluntad es escasa y debemos adorarla, como si en tierra de secano un niño hace aguas, que bien recibidas son por quien...

—¡Voto al rayo!...—Y se olvidó el soldado de la moza; para

echar mano a su espada—. ¿Pretendes aturdirme con tu parla loca, paisano? Te voy a marcar las espaldas a cintarazos, si no te vas... ¡Eh! ¡Tú te quedas!... ¡Aquí!—Y cerró el paso a la criada, que, aprovechando la ocasión, pretendía zafarse.

—Yo opino que a dos partes a la vez no se puede ir, como le ocurre al asno, que, dándole cebada y paja, huele los dos costales, y se muere de hambre, sin decidirse, digo yo. Yo opino que no hay que "empalmarse" así, señor soldado. No soy gavilán ni ésta es paloma. Yo sólo atisbo, porque aprendo de vos el arte de chicolear. Dadle a la moza, que yo aprendo. Palabra de Ambrosio.

Optó el soldado por encogerse de hombros, en la creencia de que tenía que habérselas con un lugareño de poco seso, y prefirió atender a su "conquista a la fuerza".

—De aquí no sales, ricura, hasta que no me des un beso de paga y señal como anticipo a los que esta noche en tu reja te robaré.

—Yo opino que quien anuncia beso, recibe torta—intervino, críticamente, Ambrosio Bustamante—. Dad al hocico, y dejaos de monsergas, señor soldado, que la plaza no se sitia si...

—No os acaloréis—apaciguó inesperadamente la maritornes—. Haya hoy, día de fiesta, regocijo para todos. Beso os daré si me prometéis acudir esta noche a mi reja, en el callejón de la Rosa, junto al establo de la casa de los señores de Almodóvar. ¡Tomad!

Aplastó ella sus labios, contra la rugosa mejilla del soldado, y, dándole a la vez empujón, escapó corriendo, dedicando un guiño amistoso al pirata.

El soldado recompuso sus ropas, y miró colérico a "Pencas".

—Vos sois imbécil, paisano. Y no os deslomo por ser hoy fiesta.

—Yo opino que bienvenida venga la fiesta, porque...

—¡Que os parta un rayo!

Y se alejó el soldado, mientras "Pencas" pensaba que por la noche, acudiendo al callejón de la Rosa, podría obtener ropas de soldado del Cuarto Estandarte...

Teniendo el uniforme, podría consultar con "Cien Chirlos", y todos los otros piratas, procurándose idénticas ropas, podrían entrar en la mazmorra de Palacio. Claro que mejor sería conocer primero la opinión de "Cien Chirlos", no fuera a ser que aquella iniciativa suya no mereciera el pláceme del Pirata Negro.

Y veíase recibiendo las felicitaciones... Arrugó la frente: ¿y si

actuaba con los otros sin consultar? Lo achacarían a partida de bandoleros o a incursión de fuerzas holandesas. Y a bordo del “Aquilón” el Picata Negro le abrazaría...

Sentóse para meditar, y una hora después estaba ya decidido. Por una vez que tenía una idea genial, no debía desperdiciarla,

Recordando otros casos parecidos sabía que la suplantación de soldados, andando de noche con sus briosos uniformes, era ardid que pocas veces fallaba.

Cruzó la Plaza del Adelantado, y de nueva sintióse inspirado, con tanta fogosidad arrolladora, que se admiró a sí mismo.

Contemplaba arrobado la silueta encapuchada de rojo del verdugo, apoyado en el hacha.

Otra magnífica suplantación, con la ventaja de que él y los demás tripulantes del “Aquilón” podrían saciar antiguos rencorcillos, no sólo desnudando a soldados, sino matando verdugos.

—Hoy estás magnífico. Eso opino— dijo en voz alta Ambrosio Bustamante, mirando al verdugo con anticipada fruición de gato al acecho de roedor descuidado.

Y esperó encontrar pronto al grumete enlace, para instituirse cabecilla del grupo de futuros soldados y verdugos.

Capítulo II

Una mazmorra en palacio

El recinto carcelero no era lóbrego ni siniestro. Había sido construido para albergar reos de alta traición, conspiradores o prohombres caídos en desgracia.

Era una sala rectangular de cóncavo techo abovedado, y se descendía a ella por medio de escalera de ocho peldaños.

Varias linternas colgantes iluminaban el recinto, cuyo mobiliario componíase de sólida mesa, a cuyos lados dos largos bancos de piedra prolongaban la obra de la maciza pared.

En estos bancos, varias argollas y grilletes fijos hablaban del uso destinado a la sala.

No había rejas ni ventanas. Tan sólo una mirilla abríase a media altura de la estrecha puerta reforzada en hierro, que daba acceso a la mazmorra del Palacio gubernamental de Santa Fe de Bogotá.

Cuando en ella recluyeron los primeros conquistadores a validos venales, favoritos que hubieron cometido excesos o gente de gobierno culpable de impericia, los dejaban en libertad de andar los escasos pasos que podían recorrer desde los bancos que les servían de lecho hasta las escaleras que las más de las veces eran ascendidas cuando se abría la puerta para conducirlos a la sala de ejecución.

Pero los cinco prisioneros ahora recluidos en la mazmorra no tenían ni siquiera ese trato especial de relativa libertad de movimientos en escaso espacio.

Des de ellos, codo a codo, tenían los brazos doblados tras ellos, sujetos por cadenas a la argolla de la pared, y las piernas libres; eran hombre y mujer.

Él, alto y delgado, tenía pómulos agudos, rostro flaco y grises cabellos ralos.

Ella, rubia, atractiva, cerraba los ojos, como si durmiera.

En el banco de enfrente había otros tres prisioneros. Diego Lucientes, desnudo el torso, doblados los brazos también hacia atrás, tenía las piernas inmovilizadas por sendos grilletes.

A su lado izquierdo, Cheij Khan ostentaba triple lazo de cadenas en brazos y piernas. Y al costado derecho de Lucientes, Tartar, impasible, parecía contar los eslabones de la doble hilera de cadenas que rodeaban su busto y piernas.

El "Corsario Blanco" había sida despojado de sus ropas fantasmagóricas, substituyéndolas por sayal gris.

No había hablado una sola palabra desde que había sido el primero en caer preso de las huestes aguerridas del capitán Lope Holgado, el cual había preparado emboscada infalible.

El "Islam", llegando a los arrecifes de "Aguas Revueltas", había visto sumergirse los falsos roquizos dentados y abrirse el paso que daba acceso a la gran gruta.

Wilhelmina Delft, Cheij Khan, Lucientes y Tartar habíanse trasladado por tierra al lugar donde la escalerilla unía con los terraplenes laterales de la gruta la barcaza ocupada por un personaje de blancas ropas, que irradiaba luz.

Y cuando pisaron cubierta para acercarse al que creían ser el "Corsario Blanco", y no era más que un soldado vistiendo sus ropas, toda resistencia fué inútil, porque lazos, redes y cuerdas atraparon, como si de cazar fieras se tratara, a los tres hombres.

Y de la barcaza y del otro buque anclado que creían era una de las naves piratas que volvía, partieron estampidos ensordecedores redoblados en múltiple intensidad por las paredes de la gruta.

La cubierta del "Islam" quedó barrida, y al asalto lanzáronse los soldados de "La Implacable", no dejando a un joasme ni aventurero de a bordo con vida.

Cargados de cadenas fueron trasladados los cinco prisioneros hasta el litoral, donde en carroza enrejada y fuertemente custodiada emprendieron viaje hacia Santa Fe.

Las mordazas no les fueron quitadas hasta que quedaron sólidamente aherrojados en la mazmorra,

Y aún estaba Diego Lucientes relamiéndose los labios hinchados para quitarse el mal sabor de la prolongada permanencia de la tela contra su boca...

—Vos habéis sido el único al cual os dejaron libre de pico, y no dijisteis ni media, compañero—interpeló Lucientes, mirando al hombre de angulosas facciones sentado junto a la holandesa.

El interpelado continuó en silencio, como absorbido en hondas reflexiones.

—Es el “Corsario Blanco”...—dijo suavemente Lucero.

—Tanto gusto, muy señor mío, encantado de conoceros en tan gratas circunstancias; honradísimo... ¡Repámpanos! Si hemos caído en el garlito, a vos se os debe, con vuestras malditas ropas luminosas. Y de este hecho no nos salva ni la caridad cristiana. Llevo casi un día entero sin hablar, y tengo que desfogarme... Ya no os cubre el rostro pañuelo de calavera, señor corsario. Pronto la calavera será de las de veras y sin mentirijillas. Puedo, pues, cortésmente indicaros que, puesto que los demás nos conocemos, podéis dignaros decirnos quién sois.

—Theodor Ruysbreck, noble holandés, uno de los preclaros talentos de que dispone mi nación—manifestó desdeñosamente Lucero.

—No creo que el compañero de próximas fatiguitas sea mudo, que bien le oí fanfarronear. Se iba a comer crudos a todos los españoles del litoral de la Costa Dorada...

—¡Dejad que el verdugo me atormente, que no vos!—atajó con vehemencia, hablando por primera vez, el holandés.

—Vaya..., ya habló el pichón que se sintió águila. Los brazaletes que luzco a vos los debo, que no son adorno caprichoso de mi gusto y voluntad. Si vos hubierais sabido defender “Aguas Revueltas”, no estaríamos nosotros tres aquí anclados y sin esperanza de levar anclas con mejores rumbos.



Abrió los ojos Cheij Khan...

—Nuestras vidas nada cuentan frente a la amargura del fracaso de mi nación—dijo, sombríamente, Theodor Ruysbreck.

Diego Lucientes rió sin ganas, acerbamente.

—¡Y a mí qué me va ni me viene con vuestra tierra de vacas y requesones! Lo que me tiemblan son las carnecitas mías, que, sin olerlo ni guisarlo, van a servir de diversión al verdugo.

Cheij Khan dormitaba, con una expresión de infinito sosiego. Tartar, impávido, seguía con la cabeza inclinada.

—Tres cabezas hay aquí que van a rodar siendo por esta vez totalmente inocentes. En nada nos metimos..., pero cualquiera es el guapo que hace creer eso al tribunal. Y, como siempre, cuando me metan hierros por el cuerpo, yo el reo, diré que sí a todo, y triunfará la justicia.

—Tus lamentaciones nada tienen de viriles—reprochó, también con desdén, Wilhelmina Delft.

—Apágate, Lucero, que ya no brillas. Yo no me lamento, sino que gimoteo por la injusticia de que vaya a morir indebidamente. Y lo que más me emberrincha es haber caído como un parvulillo en segunda trampa, estando tan reciente la que tú misma me preparaste.

—Imita a Cheij, que él estoicamente guarda silencio.

—Cheij no bebe vino, desdeña a la mujer, y, por lo tanto, hasta creo que acoge con tranquila satisfacción la idea de que pronto dejarán de atormentarle sus pensamientos, porque, sin cabeza, no hay quien piense. Pero yo, bebedor y enamorado, le hago ascos a irme así como así de esta fétida tierra.

Abrió los ojos Cheij Khan.

—Dijiste una vez, Diego Lucientes, que las palabras son hembra y los hechos varón. De nada sirve hacer historia de lo que inevitablemente ya es pasado, y no debes ensombrecer el presente con tus comentarios. Guarda energías para el mañana.

—¿Mañana? No supondrás que nos han invitado a merendola. De aquí, iremos a algo parecido a un tribunal, y del tal, al hacha. Con este porvenir, al menos he de desquitarme hablando para ahuyentar la fea carátula del miedo.

Rió despreciativamente Wilhelmina Delft.

—Mucho presumías antes, Lucientes. Y ahora serías capaz de vender tu alma al diablo con tal de verte lejos de aquí. Tienes miedo, y has perdido toda tu impertinencia de perdonavidas.

—En el mercado no venden pieles de recambio, hermosa rubiales. Y hablo de mercado, porque parecemos tú y yo dos verduleras. Al menos yo no niego. Tengo miedo y un rato largo, que sé cómo las gastan mis paisanos cuando se amostazan. ¡Y todo por tu maldita culpa, Theodor Ruysbreck!... Quisiste ser el Gran Corsario, y has quedado reducido a un cincuentón amargado, con rostro de malas digestiones. ¿Estaríamos nosotros aquí si no te hubieras dejado pescar como un besugo idiota? Y tú cállate, mujer, que estás presumiendo de valentía, y de nosotros cinco sólo hay dos que no tienen miedo: “El Chacal” y Tartar.

—No quiero negar que habéis caído prisionero por negligencia de mi parte—reconoció Theodor Ruysbreck.

—Algo es algo.

—Y de vos no tengo resentimiento, señor Lucientes—dijo, con seca cortesía, el holandés—. Sí me lo inspira esa mujerzuela, que se ceba en mí, cuando ella y yo luchamos por un ideal. Encadenado estoy, Wilhelmina Delft, y pueril parecerá que me amenace. Yo sé que no iremos al cadalso, y, cuando libres quedemos, tú pagarás tu actitud, porque a sueldo mío estabas y de tu vida yo dispongo.

—¡Bien hablado!—aprobó, con sorna, Lucientes—. No le

perdonéis la vida a la sirena. Pero, y decidme: la vuestra, ¿quién diablos, la va a salvar?

—Dos fuerzas se opondrán a mi caída: Holanda y el “Corsario Gris”. Tengo esa convicción.

—Para ser jefe de toda una pléyade de inteligencias tenebrosas, me defraudáis, Ruysbreck. Bien sabéis la suerte que corren los espías, por más encumbrados que estén, cuando caen en manos del enemigo.

—Seré juzgado, y bien claramente anunciaré que reservo para última hora revelaciones trascendentales. Si Holanda no hace nada por salvarme, después de los grandes servicios que presté a mi patria, dispuesto estoy a traicionar a quien me traicione. Y si hablo, ciertas revelaciones que haga de futuros planes holandeses pondrían en grave aprieto a mis gobernantes. Por eso digo que no iremos al cadalso. Os lo garantizo.

—¿Mandarán “lansquenetes”? ¿Mercenarios al asalto?

—No lo sé, pero algo harán.

—Lo que creo que harán—dijo con sonrisa maligna la holandesa—, es enviar a un certero tirador para que, apenas aparezcas en la sala de juicio, te hunda plomo en el seso. Tu seso es peligroso ahora para Holanda, Ruysbreck. Y lo anularán.

—No tienes igual para dar esperanzas—masculló Lucientes—. Eliminemos una posible intervención armada de Holanda, que tanto no valemos, Ruysbreck. Desengáñate. ¿Qué otro as te queda en la baraja?

—El “Corsario Gris”. Sólo yo sé quién es, y ya procurará salvarme.

—Olvidas que, por un gesto característico que hizo el “Corsario Gris”, también yo adiviné su personalidad. Y que mudo no soy. Pero de poco nos ha de valer. Si decimos quién es, no puede ayudarnos. Y si nos callamos, al patíbulo nos vamos. ¡Un paisaje romántico! De este hecho, compañeros, nadie nos salva.

—Olvidas, a tu amigo—insinuó Lucero.

—¿Quién?

—El conde Ferblanc.

—¡Bah! Bien claro me advirtió, y es hombre de palabra. Me dijo que si me cogían en “Aguas Revueltas”, para nada contara con él. Además, somos cinco cabezas de gran precio como rúbrica final al

escarmiento. Y, por lo tanto, tened por seguro que habrá en estos contornos más soldados que piedras.

Rió el madrileño con cierta melancolía, y, tras una pausa, añadió:

—No sé si es que la madurez me vuelve ahora a destiempo sensato, pero el caso es que siempre que en ocasiones parecidas me vi, tuve la certeza de que de un modo u otro iba a salvarme. Pero esta vez no hay quien me quite de la sesera que éste es mi último pinito. No hay salvación.

—Tu pesimismo es anticipado—comentó el hijo del Pirata Negro —. EL único delito del que nos pueden acusar es enarbolar pabellón pirata.

—Sobra. Pena de muerte es la réplica. Nos pillaron en "Aguas Revueltas". Pero, aun suponiendo que nos hubieran cazado comiéndonos el corazón de la hija del rey, para el caso lo mismo sería. Nos ocurrirá como al reo al cual muy pomposamente le anuncia el acusador que queda condenado a dos años por hurto, cinco por asalto, diez por futesas, galeras perpetuas por zarandajas, y corte limpio de cuello por piratería proclamada. Sobran muchas de tantas condenas, y a nosotros, con que nos encasqueten una pena de muerte, nos sobrará. Las demás se las regalo al juez.

—¡Yo digo que no caerá mi cabeza en patíbulo español!— exclamó Theodor Ruysbreck.

—Optimista es el barbián—comentó Lucientes mirando a Cheij Khan, flexionando el busto.

El dogal de hierro que consolidaba las vértebras rotas y mantenía rígidamente el cuello, le impedía mirar lateralmente.

—Oigamos tu opinión, Tartar—invitó Lucientes, mirando ahora al tártaro.

—Pobre de espíritu soy, señor Lucientes. Pero en un secreto estoy. No perecerá el capitán Cheij.

Habló solemnemente, porque era el único en saber que el conde Ferblanc había oído de sus propios labios la revelación: "El Chacal" era Carlos Lezama, su hijo, al que todos daban por muerto ahogado en lejano mar.

—Y con la vida del capitán Cheij, muy posible es que las dos nuestras se salven, señor Lucientes.

—Poco hablas, pero, cuando lo haces, convencerías al más

remiso sordo, Tartar. Déjame quedar con este gusto… ¡Conque a callar Holanda y España! Mañana me desquitaré…, que ahora nadie impedirá que descabece… un sueño. ¿Descabezar,? En mal momento se me ocurrió la metáfora. Sálvese quien pueda… mientras nuestras tres cabezas no se muevan de sus bases. ¡Chitón, pues, y durmamos, que es nuestra única libertad.

Capítulo III

Tribunal de alta traición

Durante su estancia en Santa Fe de Bogotá, alojábase el Pirata Negro en los pabellones de huésped de honor de la casa-cuartel del Cuarto Estandarte mandado por el coronel Carrascal.

Nada tuvo, pues, de extraño, que la noche víspera del juicio don Artemio Carrascal se personara en las habitaciones del conde Ferblanc, a quien saludó cordialmente.

Carlos Lezama, que terminaba de cenar, en compañía de ”Cien Chirlos”, invitó a1 coronel a una copa de vino, que fué aceptada gustosamente por el militar.

—Difícil es lo que vengo a deciros, conde Ferblanc—anunció, sentándose, Artemio Carrascal.

—Para un jefe de vuestra valía nada hay difícil, mi coronel. Y os ruego prescindáis de mi lugarteniente. Es mi sombra buena. Cuanto yo oiga, de sus labios no ha de salir, sin mi orden expresa.

—Atacaré rectamente, porque con vos este es el mejor procedimiento táctico. Os conocí en Puerto Colombia, y nuestras palabras tuvimos, pero vos me perdonasteis y yo os aprecié. Somos militares, conde Ferblanc, si bien con distinto concepto maniobrero. Vos sois de mar, y amplio es vuestro espíritu. El mío es cerrado, y no reconoce más que dos leyes: la de mi patria y la de mi reglamento.

—Exordio es éste muy de mi gusto, mi coronel. Os tengo por brutalmente franco, y eso me place.

—Nos han nombrado jueces del Alto Tribunal que mañana a primera hora juzgará a cinco reos, de alta traición dos de ellos, y de piratería demostrada los otros tres. Hay entre ellos un amigo vuestro, señor conde.

—Cierto. El pelirrojo estudiante de toda clase de vidas. .

—Vos sois temple que posee señera independencia. Y por amistad, capaz seríais de abdicar del privilegio que muy ganado tenéis, de ser jefe de la Legión del Mar. Capaz seriáis de izar de nuevo pabellón libre, con tal de no ver caer la cabeza de vuestro amigo Diego Lucientes.

Sonrió el Pirata Negro.

—Hay más, mi coronel. Os seré todo lo sincero que pueda. Son tres las cabezas que, mientras yo respire, no cortará el hacha del verdugo. Eso os lo digo de hombre a hombre.

—De hombre a hombre estoy hablando, señor conde. ¿Tres cabezas, decís?

—Una, la alocada, pero que me es muy simpática, de Diego Lucientes.

—¿Otra?

—La de Tartar.

—¿El lugarteniente del árabe?

—Sí.

—Ignoraba que tuvierais amistad con un pirata tártaro.

—Él fué quien me liberó estando yo preso en poder del "Corsario Blanco"[2] Deducid, pues, que si él no me da libertad, a estas horas el luto llenaría las calles de esta ciudad, en vez del júbilo.

—¿La otra?

—La del pirata capitán de capitanes.

—¿El "Corsario Blanco"?

—No. Hablo de Cheij Khan, el mozo valiente, injustamente perseguido por un destino adverso. Esas son las tres cabezas que yo no presenciaré caer.

—Algo sospechaba yo, señor conde. Y por eso vine a hablaros. Mi deber es señalaros el peligro que ambos corremos. Yo mando en un Estandarte al cual se le ha confiado la severa custodia de los presos. Me dolería cruzar mi espada con la vuestra, si preciso fuera, pero yo soy un ciego cumplidor de mi deber. Y por eso me consideré obligado a advertiros. Yo, al frente de todo mi Estandarte, y en cumplimiento de la orden recibida, respondo de que subirán al patíbulo los cinco condenados.

—Que no lo han sido aún. Es mi propósito hablar mañana... Si

no basta.., actuaré. Y creedme, mi coronel; también me dolería pelear contra vos y vuestros bravos.

—Lo sé—replicó, cohibido, el militar—.¡Lástima que concedáis tanta importancia a tres cabezas pecadoras! En fin, a mí no me gustan los tapujos, y os tengo que advertir que me han encomendado la tarea molesta de cerciorarme de cuantos pasos deis.

—Por ahora es deber que no os impediré, mi coronel, y sin falsedad os digo que muy grata me resulta vuestra vigilancia.

—Comprended... El gobernador estima que, una vez sentenciados los cinco reos, habrá pasado el peligro de que... volváis a ser el Pirata Negro. Y no hablo por hablar, que no es mi costumbre. Hoy se han señalado ciertos conatos de piratería por amistad.

—¿Sí? Informadme, si lo tenéis a bien, porque no estoy al corriente.

—¿No deambularon por las calles de la ciudad vuestros piratas vistiendo sin armas aparentes y fingiendo ser lugareños y aldeanos atraídos por los acontecimientos?

—Cierto.

—¿Podéis decirme qué pretendían?

—Estaban a la espera de nuevas órdenes, que aún no he dado, porque las reservaba para mañana, según el resultado del juicio.

—Decís que las reservabais para mañana...

—Naturalmente. Ya ahora supongo que, al igual que yo, mis piratas estarán amistosa, pero eficazmente vigilados.

—Hubo más. Debo, pues, creer que lo que hicieron fué por iniciativa del más bruto de ellos, según me ha declarado.

—¿Qué hicieron?

—Estaban vigilados desde que desembarcaron del “Aquilón”. Uno de ellos, apodado “Pencas”, hace apenas dos horas que, en el callejón de la Rosa, y en ocasión de que uno de mis soldados cortejaba reja de moza, pretendió quitarle la ropa después de tumbarlo de un puñetazo en la sien.

—Mi palabra os doy que fué iniciativa del tal “Pencas”, pero me hago responsable. Seguramente él creyó haber dado con artimaña muy gastada, pero que para él sería genial.

—Os creo. Me he limitado, pues, a hablarles suplantando vuestra

personalidad. He dicho que todos ellos, incluyendo el avispado grumete, debían obedecer la orden que por mi conducto les dabais de permanecer a bordo del “Aquilón”. Lo creyeron, en vista de que sus intentos de vestir ropas de mi Estandarte no era castigado. Y van camino del puerto, custodiados amistosamente por... cien soldados míos.

—Habéis hecho bien, mi coronel. Vos mandáis en tierra y yo en mar. Y no hubiera yo hecho otra cosa si vuestros bravos hubieran pretendido vestir los trapos marineros de mis valientes.

—¡Es endiabladamente molesto para mí todo esto, conde Ferblanc! Os lo juro. Pero el deber es el deber. Con vuestro permiso voy a acostarme, porque a las cuatro de la madrugada iré a Palacio. Y perdonad si os advierto que, si no pensáis dormir y vais a salir, prefiero me lo digáis, y así no me tenderé.

—Tenéis mi palabra de que voy a dormir. Y por ahora, sigo siendo el conde Ferblanc..., ¡y aunque fuera el Pirata Negro no falseo yo mi palabra cuando con honesto caballero hablo!

Fué el propio Lezama el que tendió su diestra, estrechada vigorosamente por el coronel.

Y poco después, mientras Lezama desvestíase, “Cien Chirlos” dió forma oral a sus pensamientos:

—Sin tus valientes..., señor, sólo quedamos tú y yo para impedir que el verdugo trabaje.

—No sé cómo haré, pero, en el peor de los casos, si no consigo salvar esas tres cabezas, cuatro rodarán, porque la mía estará con las suyas..

—Cinco, señor—dijo “Cien Chirlos”. —Que también va la mía.

—Espero no le demos un trabajo suplementario al matarife, guapetón. Y dime, ¿no te asombra el empeño que tengo en esa empresa?

—Tartar te dió suelta, el señor Lucientes es tú amigo, y Cheij Khan salvó a tu esposa, mi señora. ¿Iba yo a asombrarme de que tanto cuides por esas tres cabezas?

—Hay algo más, viejo... Algo que, cuando te lo revele, hará brincar en tu pecho el corazón como caballo desbocado. Abur, viejo... Tengo sueño, y quiero soñar... Soñaré en un mozo valiente... Tal vez el mozo que yo fui... Tal vez el mozo que hubiera sido mi hijo Carlos... Hay estrellas felices en este techo, viejo. Mañana seré

juez, y, después, seré fiera desencadenada o pasto de

verdugo... Pero esta noche quiero soñar... Abur, viejo. Hasta mañana.

Tendióse “Cien Chirlos” en la hamaca. Y viendo al Pirata Negro dormir boca abajo abrazado a la almohada, pensó que, “no sabía cómo”, pero las tres cabezas en peligro se salvarían del tajo mortal.

Conocía a fondo el carácter de su jefe, y nunca le vió tan obstinado en la realización de empresa alguna Y la almohada tenía que ser doblemente buena consejera para el ingenio fértil del Pirata Negro.

* * *

Don Ramiro Luances de la Gándara solía despertarse hacia las diez de la mañana. Decía que el único placer de la ociosidad era entibiarse entre sábanas hasta media mañana.

No obstante, por aquel frío amanecer de decembreño del año 1722, su excelencia el gobernador, si bien vistió sus ropas de más abrigo, tomó el soconusco de desayuno a las siete.

Y a las ocho estaba bajando de la carroza en el palio de la casa cuartel del Cuarto Estandarte.

Las fuerzas formaban en guardia de honor, y poco después Luances estrechaba la diestra del coronel, sentándose en su despacho.

—Sin novedad, excelencia. Sigue la guardia de mazmorra sin novedad. Y sin novedad el conde Ferblanc, y sus hombres en el “Aquilón”.

—La carencia de novedades me alarma, don Artemio. Es como la calma precediendo a la tormenta. Mi secretario está ya en la sala de Palacio destinada al juicio. He pasado a recogeros, al igual que a maese Huarte y al conde Ferblanc, cuya calidad de jueces bien merece que me haya levantado tan tempranamente.

Cuando, seguido por “Cien Chirlos” entró Lezama, el gobernador, en pie estrechó su mano.

—Fría mañana, señor conde.

—Ya calentará el sol dentro de unas horas, excelencia.

Rió jovialmente el gobernador.

—El sol es benévolo, conde Ferblanc. No os ocultaré que tengo gran interés en presidir este juicio. Quizá nos depare sorpresas.

—Seguro. Yo no pedí ser juez, pero ya que me han conferido

este honor procuraré serlo a carta cabal.

—Lamento importunaros, conde Ferblanc. Pero quisiera poder convenceros de que nuestro deber no nos concede la menor alternativa de esperanza para vuestro amigo Diego Lucientes.

—Allá en el tribunal, a su debido tiempo, procuraré emplear mis argumentos verbales, sin echar en olvido que, investido de categoría de juez, no puedo usar desplantes de pirata ni sentimentalismos inoportunos.

Entró Alfredo Huarte, cohibido. No sólo por verse ante el Pirata Negro sino porque tenía ya la convicción sin pruebas de que el “Corsario Gris” era don Ramiro Luances de la Gándara.

Y la figura amenazadora del coronal Carrascal completaba el terceto peligrosísimo con li cual se dirigía hacia Palacio.

Ahora comprendía que en las vanales frases del gobernador y en las idénticas respuestas del “león plateado” alentaba la tensión precursora de graves acontecimientos.

Y tembló cuando, en la antesala particular, atravesadas ya las salas repletas de muchedumbre esperando asistir al juicio, el gobernador, con su afable y peculiar cortesía, invitó:

—Señores, el reglamento exige que entremos sin arma alguna. Entrego, pues, mi espadín al chambelán de guardia.

Desciñóse Lezama el cinto, que también entregó al chambelán.

—Justa medida. El juez argumenta y no emplea armas. Y por ahora juez soy.

La vastísima sala destinada a audiencia tenía en su fondo un entarimado, donde la mesa, recubierta de negro terciopelo, denotaba el lugar destinado a ser ocupado por los cinco jueces.

Fadrique Menéndez, el secretario, púsose en pie tras la mesa al entrar los cuatro restantes componentes del Tribunal.

Numerosos bancos esperaban ser ocupados por los asistentes. La sala estaba flanqueada por una treintena de soldados que lucían las insignias del Cuarto Estandarte.

Sentáronse, respectivamente, a la derecha y a la izquierda del gobernador, que ocupó el sillón central, el Pirata Negro y el coronel Carrascal.

A cada extremo del estrado quedaron Alfredo Huarte y el secretario.

—Oficiará de relator acusador mi propio secretario, señores—

expuso el gobernador—. Tiene completa relación detallada de las fechorías imputadas a los cinco reos, que serán interrogados uno a uno, por separado. Cada uno de nosotros tiene pleno derecho a formular las preguntas que estime más convenientes, siempre y cuando conduzcan a mayor abundamiento de pruebas. Dad la orden, Fadrique.

Al gesto del joven secretario, abriéronse de par en par las puertas, y los soldados, en el umbral, forcejearon para conseguir que él público entrara ordenadamente.

Fueron sentándose todos apiñadamente, y al gesto del gobernador, exclamó Fadrique Menéndez:

—¡Sea presentado al Tribunal el reo de alta traición el “Corsario Blanco”!...

Capítulo IV

Un juicio progresivamente alborotado…

La entrada de Theodor Ruysbreck, escoltado por dos soldados que le asían de los codos, encadenados sus brazos a la espalda, desde donde la cadena formaba grillete de tobillos, causó escasa sensación en la sala.

Despojado de sus blancas ropas fosforescentes, el "Corsario Blanco" quedaba reducido a un vulgar personaje.

Alzó orgullosamente la cabeza cuando Fadrique Menéndez procedió al ritual interrogatorio:

—Por comprobados hechos de alta conspiración compareces ante este Tribunal, reunido para juzgarte y sentenciarte. ¿Cuál es tu lugar de nacimiento?

—Rotterdam.

—Declara cuáles son tus nombres y profesión.

—Theodor Ruysbreck, aventurero.

—La flota que reclutaste con oro extranjero en "Aguas Revueltas", ¿a qué fin estaba destinada?

—Organicé una flota con oro de mi pertenencia, obtenido tras largos años de buenas fortunas.

—¿Pretendes negar que el oro para tu criminal empresa procedía de las arcas de poderosa nación extranjera?

—Lo niego rotundamente. Realicé yo algo semejante a lo que hace un mercader, que invierte sus ganancias en fletar barcos con los cuales obtener triple provecho de sus géneros. El fin al cual destinaba mi flota era obtener botín que en primera salida me permitiese recobrar todo mi dinero empleado en armar ocho naves y dotarlas.

—Hago hincapié — dijo Menéndez, mirando a su derecha, hacia

los demás miembros del Tribunal—en la falacia del reo, que pretende negar ser el principal agente de cierta nación extranjera.

—A no ser por propia declaración de los inculpados — decretó Ramiro Luances de la Gándara—, este Tribunal no posee pruebas escritas de la tal participación extranjera en la conspiración. Como representantes de España, no podemos acusar a otra nación con la cual mantenemos relaciones amistosas. Siga el interrogatorio.

—Confiese el reo que obró como agente principal de nación extranjera, lo cual atenúa su delito, por interpretarse por este Tribunal como acto de servicio patriótico.

—Insisto en jurar que actué por iniciativa personal, ambiciosa, que me habría dado el triunfo en empresa fructífera, a no ser por la ingerencia de un pirata con ínfulas de juez.

Y el holandés miró duramente al Pirata Negro, tras pronunciar agriamente su alegato.

Carlos Lezama inclinó la cabeza con serio empaque.

—Acepto la acusación del señor reo. Era de esperar que un corsario fracasase ante la mayor experiencia de un pirata. Y si la nación a la cual vos servíais lo lamenta, España lo celebra. Sacad moraleja, Theodor Ruysbreck, ya que tan bien conocéis el idioma castellano: fuisteis por lana y os trasquilaron.

Brotaron risas alborozadas en el público, que prefería el estilo del juez Ferblanc al pomposo y rutinario del secretario.

—Reconozca el reo que sus principales cómplices fueron “La Sirena Fatal”, prisionera, y el “Corsario Gris”, aun no capturado.

—Lo reconozco.

Incorporóse a medias Fadrique Menéndez, para señalar con índice acusatorio al “Corsario Blanco”:

—Confiese el reo la identidad del “Corsario Gris”.

Theodor Ruysbreck tardó unos instantes en contestar... Maese Huarte enjugóse el sudor de la frente...

El público contenía la respiración.

Y por fin, solemnemente, dijo el holandés:

—Sólo yo conozco la verdadera personalidad del “Corsario Gris”. Está en esta sala y me escucha. No revelaré quién es, a no ser que el tormento me obligue a ello. No insistáis, señor acusador que de buen grado no desenmascararé a quien fué mi principal cómplice.

Fadrique Menéndez miró hacia el gobernador, que en funciones de presidente, habló:

—Cuando los delitos son ciertos, la justicia no suele acudir al uso de tortura más que en casos de manifiesta malignidad de los acusados. Tanto si confesáis ahora, como si no, Theodor Ruysbreck, se os someterá a tomento antes de que piséis los peldaños del patíbulo, porque, para encumbraros, contabais en vuestros planes con miles de muertos españoles, que ni eran soldados ni enemigos vuestros. Siga el interrogatorio.

—Con la venia puede ser retirado el reo, señor presidente. Vuestra señoría fijará la hora del segundo interrogatorio.

—Serán por segunda vez interrogados esta tarde, al anochecer—decretó el gobernador, significando con ello que el tormento haría hablar a los remisos, y a la vez sería castigo preliminar a la subida al cadalso—.Si alguno de los componentes del Tribunal desea interrogar al reo, libre derecho tiene, sin trabas.

Levantóse el Pirata Negro.

—Puesto que me conocéis, Theodor Ruysbreck, sabréis que no me ensaño en el vencido, que pudo ser vencedor.

—Os llamaban el pirata caballeroso en mi patria—replicó secamente el holandés—, cuando navegabais con pabellón libre.

—Cuando hablo, sigo navegando con pabellón libre. No veáis en mí a un juez de oficio. Cuatro de los que componemos este Tribunal somos gente de batalla, y, como tal, no entorpecemos nuestras lenguas con rutinas.

—Si vuestros razonamientos tienden a estimular mi caballerosidad, podéis ahorrarlos.

—El caballero puede caer en los más bajos fondos, pero siempre retiene algo de su lealtad a buenos principios. No queréis acusar a vuestra patria, seguramente por esperanzas de salvación. Libre sois también de negaros a contestarme.

—Preguntad.

—Los acusados Diego Lucientes, Cheij Khan y su lugarteniente, ¿tomaron parte activa en algún acto delictivo por vos ordenado?

—No. Se comprometieron a servir bajo ni mando, pero no actuaron por orden mía.

—Gracias. Os saludo, Theodor Ruysbreck.

Volvió a sentarse Lezama, mientras, escoltado, abandonaba la

sala por puerta lateral el “Corsario Blanco”.

La aparición de Wilhelmina Delft, más frágil aun por contraste con las cadenas y grilletes, produjo la primera sensación fuerte en la sala.

Alguna que otra esposa dió un codazo irritado a su demasiado absorto marido...

—Por comprobados hechos de alta conspiración, compareces ante este Tribunal reunido para juzgarte y sentenciarte, ¿Cuál es tu lugar de nacimiento?

Con suave entonación la holandesa replicó:

—Me llamo Wilhelmina Delft, pero soy más conocida por Lucero, y nací en aldea campesina de los polders próximos a Amsterdam.

—¿Tu profesión?

—Ninguna. No quise el oficio de esposa, y preferí reírme de las súplicas de los hombres.

La ambigua réplica suscitó murmullos escandalizados.

El gobernador, esbozando una sonrisa, intervino:

—Réplica adecuada, si bien con una variante, Delft. Os dedicasteis a menesteres impropios de vuestra feminidad.

—Nací en tierra que no tiene el prejuicio humillante de que el único lugar de la mujer es la cocina.

—Así os veis. Delft. Dejadme reemplazaros, señor secretario. La acusada, tal vez por evitarse el tormento, aceptará de buen grado confesar, a favor de quién empleaba sus múltiples encantos.

—Servía los intereses de Theodor Ruysbreck.

—El cual, a su vez, servía planes de confabulación preparados por la nación que vos misma diréis voluntariamente, ¿no?

—Sólo el tormento me arrancará la verdad.

Fadrique Menéndez incorporóse a medias:

—Debo hacer resaltar, excelencia, que la terquedad de los reos hace innecesaria la benevolencia del Tribunal.

—De acuerdo. Si los señores jueces desean interrogar...

Marchóse la holandesa, y poco después aparecía Diego Lucientes, cuyo torso a medias acorazado por el artefacto que ingeniosamente daba movimiento a su antebrazo mutilado, y el dogal de hierro que le obligaba a mantener enhiesta la cabeza pelirroja, provocó comentarios entre el público, acallados por la

severa orden de silencio de los ujieres.

El madrileño inclinó el busto, mirando con fijeza al Pirata Negro, el cual inició una sonrisa, y ésta provocó en Lucientes una naciente risa, que estalló en franca carcajada.

—¡Silencio! — gritó Fadrique Menéndez.

—¿Es que he hablado yo, acaso?— inquirió Lucientes, poniendo cara de pasmo.

Fadrique Menéndez se puso en pie:

—Hago hincapié, señores del tribunal, en que el reo es un rufián tahúr desvergonzado, propenso a vulgaridades y desgarros de bandido que a nada ni a nadie respeta.

—Para que me conozcas tan bien, necesario parece que hayamos comido en el mismo pesebre—replicó Lucientes, amablemente.

Alzó la diestra el gobernador, acallando la acalorada catilinaria que iba a lanzar Fadrique Menéndez.

En el fondo, el gobernador, nacido también en Madrid, sentía cierta debilidad por los desplantes de los barriobajeros.

—Libre es el reo de expresarse según sea en él costumbre. Indico tan sólo al reo que en nada ha de mejorar su situación el hacer gala de vulgares chanzas.

—Agradezco la indicación, excelente paisano. Pero ten en cuenta que, diga lo que diga, y aunque me pusiera exquisito, no por eso caerían mis cadenas ni quedaría alejado un centenar de leguas de este nauseabundo antro. Y si estoy de malas, achacadlo, dignísimos componentes del tribunal, a que llevo dos días en que únicamente bebo un líquido que antes sólo me servía para lavarme. Vamos al tiburón que es una mona. Desembucha, secretario.

—Por comprobados hechos de alta traición, compareces ante este tribunal, reunido para juzgarte y sentenciarte.

—Acuso al tribunal en pleno de permitir por tu boca fementida cuatro solemnes embustes. ¡No me repliques, secretario, que aquí se trata da mi pellejo y no del tuyo!

Un rumor escandalizado recorría la sala. El Pirata Negro era el único en no demostrar ni sentir la menor sorpresa.

En otras ocasiones había sido compañero reo del presente reo...

—¡Orden, orden en la sala!—clamaban los ujieres.

Cuando se apaciguó el tumulto ensordecedor Diego Lucientes masculló:

—Eso pido yo: orden en la sala, o no vamos a entendernos. Cuatro embustes has pronunciado, secretario. ¿Qué hechos se han comprobado? ¿Cuál es la alta traición? ¿Qué parodia es ésta de juicio que lo da todo por sabido? ¿Qué repámpanos de sentencia es la que de antemano está ya firmada? Vamos por partes, dijo el hombre-tronco, antes de que le quitaran brazo a brazo, pierna a pierna, y pretendieran quitarle su hermosa cabeza. Empieza, secretario, que vamos a tratar de poner en claro esta confusión.

—¿Cuál es tu lugar de nacimiento?

—La gran villa del oso y del madroño, la tierra que, como joya, se engarza en el centro de España, el Madrid de mis amores y de mis muchos pecados. Madrileño soy, y no le pongo música a la coplilla, y donde me llaman voy.

—¿Nombres y profesión?

—Diego Lucientes, mil oficios, desde poetastro a encadenado.

—¿Eres o no pirata indultado por gran misericordia de Nuestra Majestad?

—Indulto me dieron, y con gran misericordia lo acepté... ¡Silencio en la sala! ¿Esto qué va a ser? ¿Un corrillo de mercado? Quien crea que en mis respetuosas, respuestas hay chulería de presunto gracioso, es un zote. Hay aquí una gran verdad: pretenden cortarme la cabeza, y sólo tengo una. Si el verdugo ha de rebanarme la sesera, quiero que bien proclamado quede que no moriré por traidor, sino por antiguos pecadillos. Y que nadie se escandalice, porque si cacareo es porque por una vez tengo razón, y para que calle, tienen que cortarme la lengua... Pero éso es un dignísimo tribunal, y al parecer reunido para juzgarme. ¿Queréis saber por qué reí al ver al excelentísimo Señor conde Ferblanc?

—Queremos saber—dijo, seriamente, el Pirata Negro.

—Porque vos, señor conde, tenéis derecho a ser juez, ya que gracias a vuestra espada y talento, toda esta gente se permite el lujo de sentarse cómodamente... Que otro gallo cantara si el “Corsario Blanco” no se hubiera tropezado con el Pirata Negro!

—Hago hincapié en que el reo demuestra su perversidad al lamentar la meritoria heroicidad del conde Ferblanc!—exclamó el secretario.

—Hincaos el pie donde os quepa, secretario — increpó Lucientes —. Yo soy el primero en celebrar que mi antiguo jefe y amigo

salvara a muchos barrigudos de deshincharse y a muchas damas, de atroz muerte. Niños y ancianos siguen babeando y chocheando gracias al conde Ferblanc... Y conste que no es coba. Cuando yo me separé de él, bien me dijo que a mi riesgo corría. Pero sí he recobrado parte de mi buen humor, y si me defiendo, es únicamente porque tengo por juez al único que quiero: ¡tú, conde Ferblanc!

—Haz historia de los hechos desde que de mí te separaste, Diego Lucientes—aconsejó el Pirata Negro—. No en balde estás ante un tribunal de hombres ecuánimes, menos uno, que no nombro... Cuatro somos los que te escuchamos.

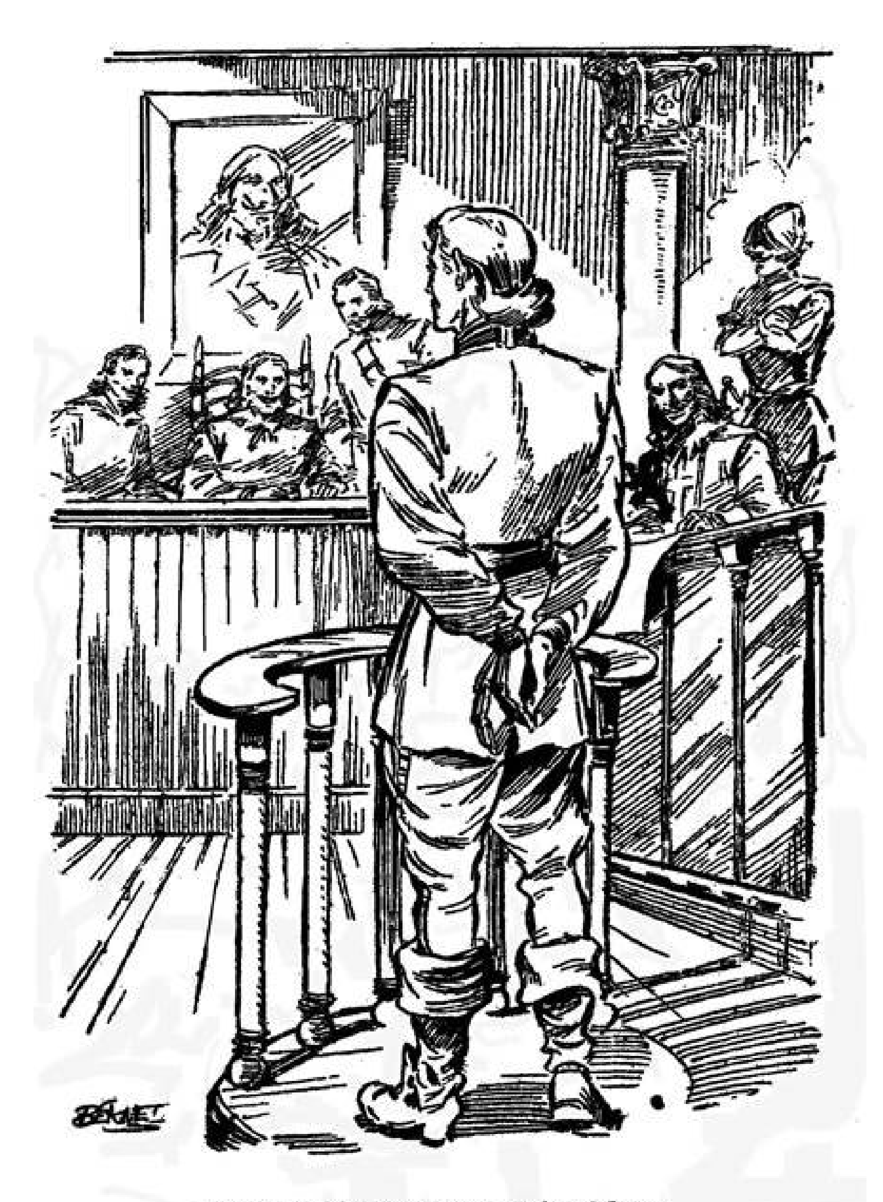
—Por vosotros cuatro hablo. Nunca he jurado, pero el momento lo requiere. Oídme bien... Perdí a temprana edad mi madre... No cito este sagrado nombre para pretender suscitar sensibles simpatías. Lo cito, ¡porque por su eterna salvación juro ser verdad cuanto voy a decir! Hablo no por mi sola cabeza, sino por otras dos, tan inocentes de la acusación de alta traición como la mía.

Vibrante la voz, el madrileño, mostraba un semblante serio:

—Cheij Khan, “El Chacal”, es un muchacho que desde su niñez ha sufrido golpe tras golpe de un destino adverso. Otro en su lugar habríase convertido en una hiena dañina. Él no, porque una oculta voz habla en su alma, y le impide cometer malas acciones. Me separé del conde Ferblanc para ofrecerme como consejero de “El Chacal”. Quería evitarle que su tristeza le convirtiera en amargado pirata. Él estaba de regreso de un viaje al interior, donde fué en pos de un amor que no halló. Durante su ausencia, los piratas joasmes, amotinados, se apoderaron del velero, y cometieron tropelías que ya han pagado. Él fué quien, con mi ayuda y la de cincuenta hombres, tomó de nuevo el mando del “Islam”, donde diezmó a la tripulación. Por la ayuda de los cincuenta aventureros salidos de “Aguas Revueltas”, aceptó servir a las órdenes del “Corsario Blanco”. Pero me consta que no hubiera acatado órdenes de nadie, y tanto es así, que en nuestra singladura de ida hacia “Aguas Revueltas” vimos desde lejos las proas de las naves piratas del “Corsario Blanco”, y torcimos rumbo para evitar el encuentro. Yo quisiera que cuantos me oyen conocieran bien el carácter de Cheij Khan, “El Chacal”. Si así fuera, podrían creerme si afirmo que, obedeciendo seguramente a la voz oculta, que su lugarteniente Tartar llama la voz de la sangre, Cheij Khan hubiera quizá

sucumbido, abordando cuantas naves piratas regresaran de sus execrables incursiones.

—Todas estas razones, Diego Lucientes — intervino el gobernador—, son elucubraciones que demuestran dos cosas: una, que sois ardiente defensor de “El Chacal”, y otra, que hubiera sido posible cuanto decís. Pero desgraciadamente para vos, estabáis a bordo de velero reclamado por haber enarbolado pabellón pirata, haberse aliado con los piratas fenecidos, Leblond y Graskell, y haber sido capturado en “Aguas Revuelas”. Hechos ciertos que no podéis negar.



—¿De qué crimen acusáis a Cheij Khan?

—No los niego. Pero son fatalidades, no crímenes. ¿De qué crimen cierto podéis acusar a Cheij Khan?

—Se os acusa a vos, Diego Lucientes.

—Defendiendo a mi capitán, me defiendo yo. Repito, ¿de qué crimen acusáis a Cheij Khan?

—Pabellón pirata, rapto de la marquesa de Ferjus...

—A la que salvó la vida, evitando cayera en manos del pirata Leblond.

—Si no hubiera capitaneado desde otros mares a piratas joasmes, dos poblados estarían florecientes y no reducidos a cenizas. Pero, basta el hecho de piratería comprobada. No sufriréis tormento, Diego Lucientes, ni tampoco vuestro capitán, porque decreto que no está comprobado tuvierais intención de cometer delito de alta traición contra España. ¿Deseáis interrogar, conde Ferblanc?

Levantóse Lezama.

—Estimo que cuanto ha dicho mi amigo es suficientemente elocuente. Motivos tengo para afirmar que Diego Lucientes podrá ser alocado, bohemio enamorado y aventurero, peo es hombre entero, incapaz de la menor maldad. Su briosa defensa de otra cabeza…, mientras en juego está la suya, habla bien a las claras de su temperamento. Después de qué se dicte sentencia, hablaré más ampliamente.

—Podéis hacerlo ahora, conde Ferblanc—Invitó el gobernador.

—Deseo que antes sea oído “El Chacal” y su lugarteniente. Abreviemos, y que ambos comparezcan. La sola declaración del tártaro de poca utilidad ha de ser. Ruego a su excelencia que no ordene retirarse a mi amigo Lucientes, y que sean presentados los otros dos encartados.

La actitud del conde Ferblanc causó enorme expectación, y más aún cuando al entrar en la sala Cheij Khan, seguido por Tartar, vieron cómo “el león plateado” contemplaba como un alucinado la figura del que sólo Tartar y el propio Pirata Negro sabían que era Carlos Lezama, el hijo que se creyó muerto en aguas de la isla canaria de Lanzarote…

Capítulo V

La sentencia

Recuperándose de su recia emoción, sentóse el Pirata Negro, mientras en la sala, tanto el aspecto exótico y bárbaro de Tartar, como el soñador y ensimismado de "El Chacal”, suscitaban agitados comentarios.

Era innegable que el hijo del Pirata Negro poseía un don natural de fascinante influencia en las mujeres porque muchas de ellas sentíanse inclinadas a desear que no cayera bajo el hacha del verdugo la hermosa cabeza del joven que, pese a soportar el peso de triple hilera de cadenas, avanzó con paso tranquilo y reposado.

Cheij Khan mantenía fija la mirada en lo alto... No quería verse de nuevo aturdido por la extraña sensación que experimentaba ante el conde Ferblanc.

—Comparecen los reos Cheij Khan, alias “El Chacal”, capitán de nave pirata y Tartar, su lugarteniente, acusados de delito de piratería. Con la venia del tribunal, procedo al interrogatorio. ¿Reconoces ser el llamado Cheij Khan, apodado “El Chacal”?

—Estos nombres y este apodo recibí en tierra africana—replicó el hijo del Pirata Negro, mirando a lo alto y con voz indiferente.

—¿Es cierto o no que capitaneabas nave pirata tripulada por mahometanos joasmes?

—Es cierto.

—¿Con qué fines te aliaste a los fenecidos piratas Narcisse Leblond, alias “Mefisto” y Fenimore Graskell, alias “Ojos de Plata”?

—Querían exterminar la Legión del Mar en el Caribe.

—¿Con qué fin abandonaste el mar arábigo para mandar en salvajes mahometanos joasmes conduciendo el “Islam” a mares cristianos?

—Encontré en mi camino al pirata francés Leblond, el cual me propuso alianza de exterminio contra la Legión del Mar. Por ese motivo acudí al mar Caribe.

—¿Reconoce el reo que su propósito era asolar las costas de nuestro litoral?

—Costas, o tierras adentro, mi eterno propósito era sembrar el dolor, matando.

Ante la cruda respuesta dicha en tono tranquilo, por el que seguía mirando a lo alto, echada hacia atrás la cabeza, el propio Fadrique Menéndez quedó unos instantes suspenso, hasta que dominando su asombro, dijo:

—Hago hincapié en la empecatada maldad del reo que reconoce sus propósitos criminales. ¿Reconoces, pues, que a no haber sido capturado en Aguas Revueltas, tu velero habría continuado sembrando la muerte por doquier?

—En el libro del Destino, donde toda nuestra mísera vida escrita está, sólo he podido leer mi pasado y leo mi presente, pero ignoro lo que el futuro me deparaba.

—Has reconocido que por maldad congénita de sanguinario, deseabas exterminar a cuantos pilares sostienen la sociedad cristiana...

—¡Torcéis el rumbo, señor secretario!—exclamó Lucientes— “El Chacal”, maltratado injustamente por una sociedad que no le dió calor de amistad, quiere tan sólo significar que...

—No te esfuerces en argumentar, Diego Lucientes—atajó, sin alterar la impasibilidad de su tono, “El Chacal”—. Ni quiero ni consiento que ante seres indiferentes a mis sentimientos, se proclame la fatal adversidad de mi sino.

Por vez primera miró Cheij Khan lentamente a los que formaban el tribunal. Su mirada, en lenta rotación de cabeza, parpadeó levemente al quedar presa de la del Pirata Negro...

Y por un largo instante ambos miráronse... Tartar dio una lenta cabezada como aprobando...

Veía que ambos hombres mirábanse como si se vieran por vez primera. En el uno había éxtasis de padre... En el otro, desasosiego, porque leía algo inefable en la mirada del que era su juez...

Con brusca decisión, como el nadador que intenta ascender a la superficie de un lago cuyo fondo le atrae, apartó Cheij Khan los ojos

del rostro del Pirata Negro.

Y ya conservó su mirada fija en el gobernador:

—No rechazó la acusación de piratería. Justa será, pues, la sentencia que me conceda el reposo definitivo. Pero hay aquí dos hombres que no son culpables de nada. Uno es mi lugarteniente, Tartar. Es un pobre de espíritu, marinero cuya sola actuación ha sido dar órdenes para que mis lonas condujeran al “Islam” donde yo mandé. Por afecto, ha sido mi esclavo. Por amistad, ha sido mi perro fiel. ¿Vas a castigar a un esclavo ciego y a un perro fiel?

Solemnemente, Tartar suscitó asombro en el público, cuando en excelente español, habló:

—Soy Tartar, lugarteniente del capitán Cheij Khan. En mi antebrazo marcado está su nombre, porque quise que en mi sangre alentara la verdad de que Cheij Khan es incapaz de maldad alguna, porque nació de madre buena y de padre caballeroso. Un día, en el mar, una gaviota al volar, se interpuso entre los rayos del sol y el rostro de mi capitán Cheij. Sombra agorera proyectada por ave blanca. Si el destino es adverso para “Chacal” Cheij, tal será mi destino. Pero yo, que pobre de espíritu soy, sé que vuestra Providencia, esa fuerza sobrehumana que se impone a la pobre decisión de jueces iguales a nosotros, no consentirá que “Chacal” Cheij muera en plena juventud que hasta hoy sólo amarguras conoció. Pueden los jueces dictar sentencia, pero la Providencia de vosotros, cristianos, ha de recompensar a mi capitán, dueño y señor de mi alma y voluntad.

El parlamento del tártaro impresionó a los oyentes. Era como si una voz inexorable, dictada por sobrenaturales designios, se impusiera a la mezquina curiosidad morbosa de los que habían acudido a presenciar el juicio.

—La sentencia es clara, Tartar— dijo el gobernador—. Quien fuera aprehendido en cubierta de nave declarada rebelde en piratería, será ejecutado en plaza pública. Es ley general que no puede entender en privadas opiniones humanas. Decreto, pues, someter a votación del tribunal la sentencia: tormento y muerte para Theodor Ruysbreck y Wilhelmina Delft, y muerte para Diego Lucientes, Cheij Khan y Tartar. Sentencia que será ejecutada para los tres últimos esta tarde al anochecer, a las seis, y en la plaza del Adelantado. Sean retirados los presos y conducidos a mazmorra, si

ninguno de los jueces desea someterles a nuevos interrogatorios.

Ninguno de los cuatro jueces hizo ademán ni señal de querer hablar.

—Redóblese la guardia y sea retomadas todas las medidas pertinentes para evitar cualquier intento de fuga, o ayuda desde el exterior. Sea cumplida la decisión del tribunal.

Al desaparecer los tres presos fuertemente escoltados, un silencio denso y expectante se adueñó de la sala. El gobernador, preguntó:

—¿Votáis de acuerdo con mi sentencia, señor secretario?

—Plenamente y sin reserva, señoría.

—¿Votáis de acuerdo con mi sentencia, señor Huarte?

—Plenamente y sin reserva, señoría.

—¿Votáis de acuerdo con mi sentencia, coronel Carrascal?

—Plenamente, excelencia.

Levantóse el gobernador:

—No quiero, pues, imponer al conde Ferblanc la triste obligación de sentenciar al que fué su amigo, hoy descarriado. Por absoluta mayoría y plena decisión, serán ejecutados esta tarde a las seis los reos de piratería Cheij Khan, Diego Lucientes y Tartar, sentencia que se les comunicará por escribano a la hora del mediodía. ¿Queréis hablar, señor conde?

Levantóse Lezama para decir, mirando a los reunidos en la sala:

—Ha llegado mi hora de hablaros. Y si el tribunal ha dictado su sentencia, ¡vais a oír la mía! Ni yo ni ninguno de vosotros podemos consentir que suban al cadalso ¡tres hombres a los que todos vosotros y el tribunal en pleno debéis la vida!

Capítulo VI

El Corsario Gris...

La rotunda y estentórea declaración del Pirata Negro hizo vibrar intensamente los ánimo de todos y despertó las esperanzas de los que habían acudido a saciar su enfermizo afán de emociones...

El coronel Carrascal atusóse nerviosamente la perilla y mostachos, mientras Alfredo Huarte sentía como sus antiparras resbalaban por su nariz sudorosa.

Fadrique Menéndez adoptó una sonrisa desdeñosa, como la de quien no esperaba otra cosa, sino un desplante de redimido pirata, acogido a la benevolencia de los que transigían en tratar con él.

Ramiro Luances de la Gándara limitóse a tomar rapé, para después aplicarse la mano tras el pabellón de la oreja, como para escuchar mejor.

El Pirata Negro abandonó su sillón, y, dando un rodeo, fué a colocarse en el entarimado, ante la mesa.

—Pido venia para volver la espalda al tribunal—dijo, sarcásticamente—. Os quiero hablar a todos vosotros, buenos burgueses y honestas comadres. ¿Os reís como si os cosquillearan, hermosa matrona? Mejor estaríais donde os corresponde. En vuestro hogar y cambiando los pañales de vuestro rorro en vez de mantenerlo prieto contra vuestro generoso seno. Miradle,.. Es hermoso, ¿verdad? El inocente no sabe dónde está, pero se halla a gusto, porque si siente.

Rió el Pirata Negro con brusca carcajada. Sus ojos brillaban febriles... desmintiendo la ironía de sus palabras.

—Hogar, dulce hogar... Todos lo tenéis. ¿Por qué? ¿Por qué estáis aqui escuchando mis rudezas que aún no han empezado? ¿Por qué no estáis criando malvas por la barriga, cubiertos de tierra en

cenizas y de ruinas de casas incendiadas? ¿Por qué tú, obeso tabernero, te relames pensando que a la salida, para calmar sus emociones, todos acudirán a beber tu vino bautizado? Para vosotros, el mediodía os traerá la rutina de un apacible vivir, honesto en apariencia, en los menos; verdadero, en los más. No se os leerá sentencia de muerte. La oirán tres hombres... y esos son los que a ti te permiten vender vino aguado, y a ti, matrona, nutrir al fruto de tus entrañas!

Cruzóse de brazos el Pirata Negro:

—¿Desvarío? Porque todos habéis oído que la sentencia pide tres cabezas de pirata. ¿Pirata? Yo lo soy, buenos ciudadanos. Y gracias a que lo soy, estáis respirando. No soy amante de darme postín, pero hay instantes en que asumir aires modestos es necedad. ¡Miradme bien, buenos burgueses! Estáis sentados y alentáis... ¡porque a mí me ha dado la gana! Si no hubiera sido yo pirata avezado, “Aguas Revueltas" continuaría pendiendo sobre vuestras cabezas como espada de Damocles que antes o después reduciría a escombros vuestros hogares y a esqueletos vuestras carnes.

Descruzó los brazos ahora para apoyar los puños en las caderas, en gesto habitual de reto.

—Hasta este momento fui un juez prudente, oidor y callado. Pero eso se acabó. Tengo derecho a exigir y exijo... ¡tres cabezas! ¡Son muy mías! Las pido... ¿y sabéis por qué, hatajo de comodones desagradecidos? Porque si estáis en vida es gracias a mí. Y si yo estoy en vida es gracias a ellos tres. Relación he hecho de que estando yo preso en poder de la ridículamente apodada “Sirena Fatal” que no hay más fatal mujer que la que tropieza con imbécil presuntuoso, ni más sirena que la deseada por pescador preso en sus propias redes, fuí libertado por Tartar, obedeciendo órdenes de Lucientes y Cheij Khan. ¿Está claro? Ellos me permitieron escapar... y al permitírmelo, pude entrar en “Aguas Revueltas”, obtener el informe que impidió la muerte de miles de paisanos vuestros y la que os hubiera mordido pronto. Por lo tanto, yo exijo las tres cabezas que no debe cortar el verdugo. Y hablado ya bastante, espero a través vuestro, la decisión del tribunal.

Al dar el Pirata Negro media vuelta, pudo oírse decuplicado por el silencio el crujir de sus botas, mientras apartábase a un lado del estrado.

Y de pronto, una voz, la voz de Juan Palomo, el supuesto tonto del pueblo, gritó:

—¡Viva al conde Ferblanc!

Fué instantánea la reacción popular, haciendo eco al vítor. Sólo los cortesanos no se dejaron contagiar.

Levantóse el gobernador, cuyo ademán, brazos abiertos, redujo a silencio a los asistentes:

—Admiro la noble actitud del conde Ferblanc, amigos míos. Y tanto más enojoso me es el acatar la ley que me exige absoluta disciplina a la forzada ejemplaridad del escarmiento. Desde la constitución de la Legión del Mar, quedó establecido sin recurso ni indulto, la ley de pena de horca o hacha para todo pirata preso en rebeldía. Es, pues, inútil pedir indulto real, ni privilegio tenemos para lo que personalmente de muy buen grado concederíamos que es salvador de nuestra región. Es, pues, mi enojosa obligación, ratificar y reafirmar la sentencia dictada. ¡Desalojad la sala, amigos míos!

Presurosos, los soldados y ujieres fueron empujando al público.

Quedó vacía la sala, aparte de los soldados.

Desde la mesa, el gobernador interrogó al Pirata Negro con la mirada... Estaba asombrado, porque Lezama sonreía... Una sonría dura, agria...

—No esperaba otra cosa y no os lo reprocho, señor Luances. Si hablé fué tan sólo para que todos los aficionados al chismorreo puedan decir que el conde Ferblanc volvió a ser el Pirata Negro, con causa suficiente. Ya ahora la Costa Dorada está tranquila. Os saqué las castañas del fuego. Otras castañas se preparan... ¡Podéis intentar detenerme, mi coronel! Oíd mi último desplante: ¡“Sanseacabó"! Harto estoy de conde por aquí, conde por allá...

Levantóse el gobernador:

—Suplico a mis amigos me permitan hablar a solas con el señor conde Ferblanc.

También presurosos, el secretario, maese Huarte y el coronel Carrascal, abandonaron el estrado.

Ramiro Luances de la Gándara tomó una pulgarada de rape, y murmuró, antes de estornudar:

—¿Me equivoco, señor pirata, si he creído adivinar en vos algo más fuerte que el sentimiento de gratitud o amistad hacia los tres

sentenciados?

—¡Disteis en el clavo! Suponed que a uno de ellos lo considero mi viva imagen juvenil... Un mozo rebelde, proclamando odio al Destino y a la Humanidad, pero no cometiendo nunca maldad. Queriendo ser implacable y resultando generoso.

—“¿El Chacal”?

—El chacal, que es como mi propia carne rediviva... ¡Suponed que es mi hijo!—Y rió brevemente el Pirata Negro. — Os oí decir que vos sentenciarais a muerte a vuestro propio hijo si preciso fuera.

—Lo sentenciaría... si salvarlo no pudiera personalmente.

—Entonces... no os ha de extrañar que desde este instante, a sangre y fuego si es preciso, intente yo salvar a “El Chacal”. Y si fracasara, no quiero morir a su lado... ¡Arrasaré piedra tras piedra de esta maldita plaza del Adelantado y de cien leguas a la redonda! ¡Dad orden de que me detengan!

—Pronto es, señor conde. ¿Me permitís una merced?

—Concedida.

—Permaneced en compañía del coronel Carrascal hasta el mediodía. Por entonces os vendré a saludar y a despedirme de vos. Y si la guerra declaráis a España, España os saluda por lo que hasta ahora en su favor hicisteis. ¿Tengo vuestra palabra de que hasta el mediodía permaneceréis con el coronel Carrascal amistosamente? No temáis doble juego. A las doce beberemos juntos una copa, y después... como dijo “El Chacal”, el Destino seguirá volviendo las páginas del libro de nuestra vida.

—Accedo. De doce a seis quedarán seis horas, y sé que vos no sois un taimado hipócrita. Al mediodía me hallaréis junto al coronel Carrascal, de cuyo lado no me separaré.

—Hasta entonces, señor pirata..., que espero siga siendo, para el bien de todos, nuestro excelente conde Ferblanc.

Al salir de la sala, un ujier entregó las armas al Pirata Negro y el espadín al gobernador.

Y el coronel Carrascal aceptó la orden-invitación de Ramiro Luances de la Gándara, significándole que hasta el mediodía, el conde Ferblanc estaría complacidísimo en disfrutar de su compañía en uno de los salones da palacio,

* * *

Diego Lucientes fué silbando uno a uno, acompañándolos, los toques de un lejano reloj que desgranaba sonoramente las campanadas de las once.

Los cinco prisioneros seguían encadenados en los mismos lugares donde los soldados del Tercio habíanles sujetados desde su entrada en la mazmorra.

—Las once han dado, buena gente, y la paz del Señor sea con todos—remedó Lucientes, imitando la entonación del rondín nocturno—. Falta una hora para que nos lean los platos de que se compondrá el condumio: albondiguillas de holandés, pechuguita de holandesa, cabeza de chorlito que es la mía y... En fin, queridos y nunca bastante alabados compañeros de cadena: este es el juicio final.

Cheij Khan seguía ensimismado en amargas reflexiones sobre la vida, por lo que no le inquietaba la próxima lectura de sentencia y ejecución.

Los dos holandeses hablaban entre sí en su idioma y al final, Theodor Ruysbreck, comentó:

—Lo menos que pudiste hacer era eso. No revelar quiénes planearon el ataque que debía forzar al gobierno español a ceder territorios a nuestra patria.

—Lo hice por terquedad, que no por ideal. Sé ya que nada ni nadie pueden salvarme a mí...

Chirriaron los goznes de la puerta, y por la escalera descendió, acompañado de una escuadra de soldados, un escribano, que, deteniéndose ante los prisioneros, recitó con voz monótona lo que iba leyendo de pliego que desarrollaba a medida que leía:

> “En Santa Fe de Bogotá, a ocho de diciembre del año de gracia de...”.

—Tiene gracia eso del año, escribano. Dinos también qué buen principio de semana para el que en lunes decapitan.

El escribano había oído las declaraciones de Diego Lucientes. Por eso no se inmutó. Aguardó pacientemente a que el madrileño terminara, para reemprender la lectura:

“...del año de gracia de 1722.

”En su primera actuación y reunido y por Nos convocado el Tribunal especial de Jueces para sentenciar en delitos de Alta Traición y Represión de Piratería, hemos dictaminado sentencia inapelable, a tenor del último Decreto Real, contra los reos incursos en delito de Alta Conspiración, los denominados Theodor Ruysbreck y Wilhelmina Delft a los cuales, oída declaración de reconocimiento de la culpabilidad de los delitos imputados, debemos condenar y condenamos a posterior interrogatorio en tortura, para obtenerles declaración sobre los extremos que obstinan en negar, conducentes a revelar la identidad del solo conocido por el apodo del “Corsario Gris”, del que sólo sábese viste enteramente del citado color cubriendo el rostro con pañuelo fingiendo calavera y conducentes a revelar quién o quiénes facilitaron los enormes caudales precisos para la adquisición de ocho naves dotadas y otro sí.

"Debemos condenar y condenamos a los referidos reos a pena capital de hacha, ejecutada en el día de hoy al anochecer, cuyo cumplimiento relataremos a quien pertenece para su comunicación respetuosa a la Sala Colonial de nuestra Suprema Magistratura, y otros.

“Hemos dictaminado sentencia inapelable a tenor del último Decreto Real, contra los reos incursos en delito de Piratería, los denominados Diego Lucientes, Cheij Khan y Tartar, a los cuales, oída declaración de reconocimiento de la culpabilidad de los delitos imputados, debemos condenar y condenamos a pena capital de hacha, ejecutada, en el día de hoy al anochecer, cuyo cumplimiento...

—Ya estamos enterados, escribano. Debemos oír, pero no queremos oír más.

—Perdonad, señor reo. Es mi obligación. No puedo salir sin haber dado completa lectura.

—¡Ale, pues, lechuzo!

> “...cuyo cumplimiento relataremos a quien pertenece la comunicación respetuosa a la Sala Colonial de nuestra Suprema Magistratura.
>
> ”Nos, como presidente, Ramiro Luances de la Gándara, asistido por el excelentísimo señor conde Ferblanc, coronel Carrascal, maese Huarte, y secretario, cuyas firmas y enteras rúbricas acompañaremos en pliego aparte”.

Volvió el escribano a enrollar el pliego y abandonó la mazmorra seguido por los soldados; éstos cerraron la puerta actuando con estolidez aparente, que ocultaba retenida curiosidad.

—Otrosí. Malos momentos se acercan... Y ahora, que hemos de volver al lugar de donde nunca debimos salir, seamos endemoniadamente sinceros. ¿Sigues confiando en el “Corsario Gris”, Theodor Ruysbreck?

—SI—afirmó rotundamente el holandés.

—¡Carape! ¿Es que le concedes poderes milagrosos a tu antiguo ayudante?

—El no ignora que bien alto proclamé que antes que las tenazas del verdugo se acerquen a mi piel, revelaré quién es.

—Se dará el olivo.

—No entiendo.

—Que se las pirará, qué tomará las de Villadiego, que se esfumará. Que huirá de la quema.

—No abandonará su elevada posición y de una forma u otra facilitará mi evasión.

Diego Lucientes guiñó un párpado con gesto de truhán:

—Ah, que no... Tu egoísmo me apabulla, holandés. Si por arte de birlibirloque, el “Corsario Gris” te quita las cadenas, también me las quitará a mí y a mis dos amigos.

—¿Por qué razón?

—La primera porque somos tres barbianes de pelo en pecho, y os podemos ser útiles para una nueva corsariada.

—No basta.

—La segunda es que tanto yo como mis dos compinches sabemos quién es el “Corsario Gris”.

—Mientes.

—No que no... La caja de rapé... O sea que a lo pragmático, holandés, que en filosofía vulgar es aprovechar todas las ocasiones. Tres buenos marinos como nosotros te han de servir aunque sólo sea para abrirte camino hasta tierra de Holanda si es que por milagro que esperas te abra la puerta el “Corsario Gris”... ¡Repámpanos!... ¿Sueño o tengo pajaritas legañosas en mis mirillas?

Debajo de la mesa colocada entre los dos bancos, acabábase de oir un tenue ruido...

Podía al pronto parecer el roer de un ratón, pero las losas cuadradas en un espacio de un metro por lado aproximadamente, oscilaban para irse alzando con lentitud, como si giraran sobre bien engrasados e invisibles goznes.

Y en la negra boca abierta, al quedar inmovilizada bajo la mesa la compacta masa de bloques pétreos, formando ángulo recto con el resto del suelo, surgió, como brotando de las entrañas de la tierra, la grisácea figura borrosa de una humana calavera...

A la cual, lentamente, siguieron unos hombros de jubón gris, el busto de un hombre y, por fin, en postura reptante, asomó el cuerpo entero el “Corsario Gris”.

Enderezóse para salir de debajo de la mesa, contra la cual quedó apoyado.

Se enfrentaba con Theodor Ruysbreck y Wilhelmina Delft: su voz sonaba opaca cubierta por el pañuelo, mientras jugueteando con rica cajita enjoyada de rapé, iba diciendo:

—He acudido a la cita, Ruysbreck. Debemos bendecir el día en que curioseando por los antiguos archivos de la biblioteca virreinal, descubrí un moroso papel en el que uno de los arquitectos de este palacio construido en el año 1567, revelaba que por orden especial de un favorito, construyó ese pasadizo. Era hombre precavido: dió muerte al arquitecto y a cuantos trabajaron a su servicio para horadar la tierra. Quería asegurarse la huida en caso de caer algún día en desgracia. No tuvo que usarlo, porque murió decentemente en su lecho, rodeado de la general admiración y respeto. Pero no pudo presumir que el arquitecto, quizá olfateando su suerte, intercalara entre las páginas de un manuscrito, el plano y revelación de ese subterráneo, por el cual he venido. ¿Estás presto a seguirme, Theodor Ruysbreck. No te he fallado... He venido, tal como esperabas.

—Esta mujer no debe venir conmigo—y señaló desdeñosamente el holandés a Wilhelmina Delft—. Es falsa a toda confianza y perjura a toda lealtad.

Fué rápido el gesto con el que el “Corsario Gris”, extrayendo del cinto un corto puñal de ancha hoja, cercenó bestialmente, en tajo lateral, la blanca garganta de la holandesa...

—Sentencia cumplida—resonó opacamente burlona la voz del enmascarado.

Y su siguiente movimiento plasmó en el rostro dé Theodor Ruysbreck un gesto de infinito estupor póstumo. El mismo puñal de ancha hoja ensangrentada, empujó hacia atrás la cabeza del que había sido “Corsario Blanco”, cortando carótida y yugular, de donde brotó ancho caudal de sangre.

—Sentencia cumplida. Silencio eterno...

—¡No te acerques!—gritó Lucientes—. A mí no me desangras tú como a un cordero...

—Grita cuanto quieras. No te oirán los centinelas. Muy gruesos, son muros y puerta. Presumiste de saber quién era yo... Pero al igual que tus dos amigos, te llevarás el secreto a la tumba...

Iba a avanzar el “Corsario Gris"”, cuando de pronto dió un traspiés y lo que siguió sorprendió al propio Cheij Khan y al impasible Tartar.

Por debajo de la mesa, una mano acababa de atraer fuertemente por el tobillo al “Corsario Gris”, quien inesperadamente atacado, cayó de bruces...

Y fué prodigiosa la agilidad con que saliendo de la boca del subterráneo, un hombre cabalgó sobre el caído, contra cuyo cuello aplicó la punta del ensangrentado puñal que había soltado aquél.

—Hace días que de ti desconfiaba, Fadrique Menéndez — dijo Ramiro Luances de la Gándara, arrancando el pañuelo que envolvía el rostro y cabeza del “Corsario Gris”.

El semblante demudado y convulso del joven secretario quedó al descubierto, mientras el gobernador chasqueaba la lengua, como quien trata de dominar los respingos de un potro rebelde:

—¡Quieto, enclenque! Tu tortuoso cerebro supo imaginar al coger una de mis cajas de rapé, para que negro me viera a causa de mis salidas nocturnas en busca de caricias de mujer, en intentar demostrar que no era yo el alto personaje cómplice del “Blanco”.

Has ejecutado a tus dos cómplices y te disponías a hacer lo mismo con esos tres aventureros. ¿Imaginas lo que va a suceder? Encontrarán tu cadáver, Fadrique Menéndez y tus ropas y el puñal ensangrentado en tu mano. ¿Quién te ejecutará? Debiera ser el verdugo… pero también me conviene tu silencio. No puedo perdonarte el haber ensuciado una de mis cajas de rapé.

Alzóse el puñal y gorgoteó unos instantes la garganta de Fadrique Menéndez…

Descabalgó al cadáver don Ramiro Luances de la Gándara,

—El rumor popular os atribuirá esta muerte justiciera. Vosotros tres, sabréis callar lo sucedido si os apresaran, pero tengo por seguro que ya nunca compareceréis encadenados… Que si tal ocurriera, yo mismo os volvería a condenar a muerte, pero sin pasadizo.

Mientras hablaba, iba el gobernador desencadenando a los prisioneros.

—Poco acorde es mi conducta con la de un gobernador. Pero vosotros salvasteis la vida del conde Ferblanc… Y no quiero ver caer por orden mía vuestras tres cabezas. Seguidme…

Entumecidos, los tres amigos apresuráronse a entrar en la abierta trampa, que al cerrarla sobre su cabeza Luances, sumió en obscuridad el subterráneo oblongo en que se hallaban…

La voz del gobernador, zumbona, fue diciendo:

—Guiaos por mi parla, amigos míos. Me gustasteis, señor Lucientes, defendiendo a vuestro chacal. Y vos, señor chacal, me impresionasteis. Y tú, amigo Tartar me hiciste pensar en que hay pobres de espíritu que están, como los animales fieles, en posesión del gran sentimiento de la verdadera amistad. Y por último, no quiero yo que tres valientes incapaces de mala acción, perezcan por mi orden. Sé que no me arrepentiré de mi acto. Y si tal sucediera, me consideraría obligado a daros caza yo mismo…

Andaban los tres tocándose el hombro en fila india… Era largo y estrecho el pasadizo…

—Sobre nuestras cabezas ya no está el palacio. Saldremos a un pabellón cercano a las caballerizas y rodeado de tupido arbolado. Saldréis… y el hurto de tres caballos no tiene gran importancia. Hay muchos más. Os advierto, que pronto notarán vuestra fuga. Y el Tercio entero y cuantos destacamentos hay en el litoral y en el

interior, se pondrán a perseguiros con saña. Tendré que ofrecer crecida recompensa por vuestras tres cabezas... Si tan torpes sois que os cazan, lo sentiré, pero os mandaré al patíbulo sin remisión. Me consta quo nadie sabrá que yo fui el autor de vuestra fuga. ¿Por qué me apretáis el hombro, don Diego?

—¡Olé Madrid, excelencia!

—¡Olé!—exclamó, cachazudo, el gobernador—. Y aún queda trecho para llegar. De vos, señor Lucientes, sé que muchas diabluras y truhanerías haréis aún en vida, que larga os deseo. Pero a vos, señor chacal, algo quiero suplicar. No me agradezcáis la vida que os devuelvo, porque sé que os es gravosa. Pero os repetiré palabras del conde de Ferblanc, el que fué pirata caballeroso. Dijo que en vos veía su propia imagen juvenil, carne y uña con el que fué Pirata Negro ¡que nunca sacó espada si no fué en rebelde pero leal justicia defensora del oprimido! ¿Queréis matar? Hacedlo... empleando como vaina de vuestro acero el cuerpo de los malvados... Y no nos pongamos serios, como decís vos, don Diego. Estoy tan fastidiado oyendo y viendo diariamente a hipócritas y mezquinos, que muy a gusto oí vuestras tres declaraciones. No me defraudéis, señor chacal. Sois joven, arrogante, fascinador... Embriagaos en la droga placentera de brazos de mujer y matad a cuantos escapen a la acción limitada de 1a justicia de tribunales. Procurad ver la digna imagen del Pirata Negro. ¿Veis aquella lucecilla? Es la salida al cuarto del pabellón, hasta el cual seguí al "Corsario Gris", que allí se vistió. Allí encontraréis sus ropas de cortesano. Por allí saldréis... y buena suerte.

—Señor... Vos haréis buenas migas con el conde Ferblanc.

—Desde un principio las hicimos, don Diego. Tenemos paladar los que de niños vimos correr el Manzanares y bebimos Valdepeñas. Espero no veros más, don Diego, porque me dolería teneros que hacer leer, "debemos condenar y condenamos y otrosí"...

—Os evitaré ese engorro, excelencia. Y por mi vida que os debo, juro que algún día trataré de devolveros la merced, si supiera que en peligro estabais. Nace nueva luz. Adiós, excelencia. Salud y buenas conquistas, paisano.

—Adiós, gato. Vista y buen escape.

Ascendió Lucientes, después de estrechar en la penumbra la diestra del gobernador.

Cheij Khan, al pasar por delante del gobernador, habló lentamente:

—En el libro de vuestro destino no puede estar escrito que con amargura paguéis vuestras generosidades. Adiós, señor.

—Redención os deseo de la triste carga melancólica, chacal.

Tartar apoyó unos instantes sus manazas en cada hombro del gobernador, diciendo:

—Pobre de espíritu soy, pero tu Providencia no te castigará por haber permitido redención para mi dueño.

Desaparecieron los tres hombres... Siguiendo a rastras a Diego Lucientes, Cheij Khan y Tartar, llegaron hasta la fachada posterior de las caballerizas...

Cheij Khan, con simiesca contorsión, encaramóse en la ventana. Poco después, los otros dos seguían su camino de entrada...

En el interior del establo, algunos caballos piafaron. Colgaban de horquillas prendas de palafreneros y usadas ropas de soldado.

Nada se dijeron entre sí los tres aventureros.

Vistiendo uniforme del Cuarto Estandarte, cabalgaron en sendas monturas de los tres mejores caballos y al paso abandonaron las caballerizas para salir hacia el pabellón; allí, ya encubiertos por la arboleda, emprendieron veloz galope, a retaguardia Tartar y bota contra bota Cheij Khan y Lucientes.

—¿Norte, Sur?—gritó Lucientes.

—Cualquier rumbo es senda peligrosa.

—¡Hacia el interior, pues! ¡Hacia la tierra de salvajes bondadosos! ¡Hacia la cuenca del gran río misterioso!

—¿Cuál?

—El río de las amazonas. Donde no haya llegado pie de civilizado. Que pase el tiempo. Allá alimento habrá... y jugo de cañas. Siguiendo su curso, sólo con fieras lucharemos y cuando el mar divisemos, lejos estarán tribunales y soldados.

Espolearon con más fiereza a sus monturas, al oír los estampidos de lejanos disparos y los toques agudos de múltiples clarines tocando frenéticamente a rebato y generala...

—¡Sus y al vuelo! — gritó, riendo Lucientes— Respirar aire y sentirse deseado es vivir... ¡Sus y al vuelo!

Los tres caballos remontaron una loma a todo galope. Volviéndolo en la silla, divisó Tartar en lontananza un grupo de

jinetes, empequeñecido por la distancia.

Tomaban la misma dirección que ellos... Pero el tártaro sonrió. Esta vez no serían prisioneros, sino resucitados defendiendo ávidamente el placer de respirar aire libre de persecución.

La hermosa sensación de escapar al destino cruel...

* * *

El coronel Carrascal abatió su último naipe:

—¡Las últimas diez para mí, conde Ferblanc! ¡Os gané!

Entusiasmado en el juego, el bravo militar había ido ya olvidando los recientes sucesos.

Se puso en pie, cuando entró en el salón don Ramiro Luances de la Gándara:

—Por favor, seguid sentado, den Artemio. Esperando estoy a Fadrique Menéndez. Ya entregó la sentencia al escribano y mientras viene mi secretario, bebamos una copa. Tuve que mudarme la ropa, porque el sol calienta de nuevo... ¡A vuestra salud, señores!

Depositó la copa vacía, y sonrió:

—Me he acalorado, y esta copa me ha sabido a gloria... ¿Estáis deseoso de abandonarnos, conde Ferblanc?

—Con la venia, excelencia — intervino el militar, levantándose —. Iré a efectuar una ronda entre mis centinelas.

—Cumplid con vuestro deber, don Artemio. Hasta pronto.

Salió el militar, pisando reciamente.

—Buen sujeto—comentó el madrileño—. Sin doblez, liso y llano como los hombres cabales... ¡ay, tan distinto a los ambiciosos cortesanos! ¿no os parece, conde Ferblanc?

—Aún no han dado las doce del día, excelencia. Os escucho, pues, aburrido, pero sin rechistar.

Sonrió el gobernador con mueca amistosa, mientras sacaba su cajita de rapé.

—Hubiese tenido que impedir que el coronel fuera a efectuar su ronda. Pero quizá le hubiera extrañado. Y, desgraciadamente, el buen don Artemio mirará por la mirilla de la puerta de la mazmorra... Y se va a armar la de San Quintín... Vos y yo mano a mano, pirata caballeroso.

—Vos y yo mano a mano—repuso, sorprendido, el Pirata Negro.

—Ahora puedo comprender la sensación gozosa que debíais experimentar cuando cometíais una acción reprobable según las

leyes, pero humanísima y generosa. Nadie nos oye, señor pirata caballeroso. Os contaré un breve cuento de los de pelos de punta y tiemble la vieja. El “Corsario Gris” era mi secretario, que en paz descanse. Le seguí sin que él lo advirtiera. Me mostró inconscientemente un pasadizo que conduce a la mazmorra, que sólo él conocía. Dió muerte a los holandeses. Le atrapé por una pezuña y molesto porque me robó una cajita de las muchas que de rapé poseo, le corté la garganta. Vuestra juvenil imagen, “El Chacal”, vuestro amigo el simpático gato, mi paisano, y el inefable tártaro de buenos pensamientos y cara de verdugo, están galopando libremente. Tratarán de darles caza... Tal vez vos deberíais intentar lo mismo, porque creo adivinar que os gustaría evitarles malos ratos. ¿Os gustó el cuento?

Sirvióse el gobernador y bebió lentamente...

—A vuestra salud, excelencia—brindó Lezama, en pie—. Dos hombres hay ya en esta tierra que considero ejemplo de caballeros que saben prescindir de rígidas leyes como yo, el almirante Diéguez y vos. Decía que sentís una grata sensación... Os la aumentaré, amigo Luances. ¡“El Chacal” es mi hijo!

Ramiro Luances de la Gándara, dominando su asombro, inclinó la cabeza, en breve reverencia.

—Entonces, Lezama, a más orgullo tengo haber olvidado al gobernador para ser un hombre influenciado por piratas de buena estirpe. ¡Zambomba! ¿Oís?.. ¿Qué repámpanos pasa?

Estallaban disparos y sonaban clarines, oyéndose órdenes y repicar de cascos...

—Tate...—sonrió alegremente el Pirata Negro—. Me parece que ha ocurrido algo.

—Veremos a ver. Lo cierto es que vos no os habéis movido de aquí. Por lo tanto, seguís siendo el conde Ferblanc... Veamos qué cuento nos van a contar.

Entró corriendo maese Huarte, sudoroso y anhelante...

—¡Fuga, excelencias!... ¡Fuga!... ¡Muerte! ¡El “Corsario Gris”! ¡Los holandeses decapitados! ¡Los presos se han... se han...!

—¿Cómo?¡Es inaudito!—exclamó el gobernador, levantándose. —.Bebed un trago, maese... Estáis loco... ¿Cómo van a escaparse...? ¡No puede ser! ¡Estáis delirando!

Afanosamente apuró Alfredo Huarte la copa que le tendía el

Pirata Negro, que, a la vez, dábale golpecitos en la espalda.

—¡El “Corsario Gris” era vuestro… vuestro secretario!

—¡Atiza!… Y perdonad la vulgar chocarrería, maese, Pero me sacáis de quicio con vuestras asombrosas revelaciones.

El marcial paso del coronel Carrascal resonó en la sala. Saludando al gobernador, anunció:

—Los presos Cheij Khan, Diego Lucientes y Tartar han huido, excelencia. Se deduce que el “Corsario Gris”, que era vuestro secretario, pretendió acallar a los holandeses dándoles muerte, y al disponerse a hacer lo mismo con los otros presos, uno de ellos, quizá “El Chacal”, debió liberarse y darle muerte. Han huido…, pero son perseguidos de cerca por loa hombres del Cuarto Estandarte. ¡Pido venia para lanzarme en persecución de los que se han burlado de mis soldados!

—Venia tenéis. ¡Id presto!

Tras el coronel, partió corriendo Alfredo Huarte.

Ramiro Luances de la Gándara frunció el entrecejo:

—Terminó el juego, conde Ferblanc. Es mi obligación dictar proclama movilizando a todas las fuerzas españolas para perseguir sin tregua a los huidos. Ofreceré oro en abundancia a quienes los capturen. Tal vez por el oro no, pero sí por la justicia, vos, avezado a fugas y persecuciones, deseeis ir tras las cabezas que pertenecen al verdugo… que sigue esperando.

—Pido vuestra venia, excelencia.

—Id… y buena suerte. Permitid un abrazo cordial, que de gran corazón os doy.

Quedaron los dos un instante reciamente estrecharlos busto contra busto y las palmadas del Pirata Negro fueron de sincera emoción.

Sonrió, desprendiéndose, el madrileño:

—¡Diablos, conde! Si a quien consideráis amigo cabal, así estrujáis, nunca deseo ser vuestro enemigo. Olvidáis que soy un cortesano indolente y poco robusto.

—Hasta pronto, o hasta nunca, amigo.

—Hasta pronto, que es mi ferviente deseo. Si vos sabéis de leyes y elocuencias, también sabéis de trampas y mutismos. Que vuestro hijo halle hogar que le reconforte. Un hogar que podría ser muy bien vuestro barco, donde sólo vos mandáis… España necesita al

conde Ferblanc; no lo echéis en olvido.

Y al partir el Pirata Negro, quedóse el gobernador sonriendo, mientras jugueteaba con su cajita de rapé.

Nada le apesadumbraba... Por el contrario, sentíase contento.

Pero frunció severamente el entrecejo cuando en su despacho, dictó a maese Huarte una vibrante proclama exigiendo la ayuda total de todo honrado ciudadano para la captura de tres cabezas...

SEGUNDA PARTE

EL ESTANQUE DE LOS CISNES

Capítulo I

Un viejo molino…

—No huelo a sabuesos por acá. Y no nos vendría mal un reposo de dos en dos, mientras uno abre ojos y oído. ¿Qué tal aquel molino espectral?

En la inmensa llanura caldeada por un implacable sol, la requemada vegetación era mustia y pobre.

Hasta los lindes del horizonte todo era llano y desértico. Quedaban atrás las fértiles vegas y las últimas montañas de la región colombiana.

Del suelo elevábase un tenue humo oscilante que formaba hacia el Este una neblina opaca, a través de la cual dibujábanse formas gigantescas, con perfiles roquizos: era la cordillera donde empezaba la inexplorada zona del Amazonas.

Diez y seis días duraba la persecución. Diez y seis días habían transcurrido desde que, partiendo al galope del pabellón de palacio, Cheij Khan, Diego Lucientes y Tartar habían expuesto, por turno, sus pareceres para evitar los dos peligros: ser alcanzados por los muchos jinetes lanzados en pos de ellos y obtener el máximo rendimiento de los caballos sin exponerse a reventarlos.

Quedó demostrada la experiencia, de Lucientes en semejantes lides, la natural ingeniosidad de Cheij Khan y la aplomada seguridad del tártaro.

Ahora, por fin, parecían haberse distanciado de sus más inmediatos perseguidores y pronto, al cruzar la cordillera que les llevara a recónditas tierras regadas por el ancho cauce del misterioso río, estarían fuera del alcance de toda justicia humana.

Era extraña la silueta en ruinas del molino indígena, cuyas aspas pendían inertes, desgarradas, sin que un soplo las moviera.

La edificación era cónica, de barro y piedra tosca. Los tres

jinetes penetraron con sus caballos en el ancho basamento. Por contraste con el exterior caldeado, en la penumbra se respiraba una atmósfera de húmeda frescura.

No había más que hierbajos y telarañas, y una escalera primitiva, ascendía en espiral hacia lo alto, y los varios rellanos formados por vigas y maderos, conducían a los distintos dispositivos de lo que algún día debió ser útil y productivo molino.

—Dormid—indicó Cheij Khan—Yo vigilaré. No tengo sueño.

Rendido, Diego Lucientes extendió su capa y la manta, formando un mediano lecho y como ya acostumbraba, sirvióse de la cadera de Tartar como almohada.

Cheij Khan, ascendió hasta la primera plataforma, desde una de cuyas paredes se divisaba por ancha ranura todo el horizonte en vasto círculo.

La acompasada y potente respiración del tártaro y los ronquidos sonoros del madrileño, era el único ruido que se percibía.

A medida que avanzaba el crepúsculo, una diversidad de tenues murmullos pobló el interior del viejo molino.

Los murciélagos, aun adormilados, aparecían colgados boca abajo en el remate cónico de la torre. De vez en cuando, bostezaban y, abriendo las anchísimas alas, partían en lentos revoloteos hacia ignoradas metas.

Ratones y reptiles recorrían los muros y maderos. En una mueca del brazo interior del torno central, unos pajarracos de indescriptible fealdad habían hecho su nido...

Las meditaciones de Cheij Khan seguían un cauce melancólico. Hasta los más ruines animales tenían un rincón, un cobijo donde sentíanse amparados, un hogar...

Él era un huido, un acosado, sin más afectos que los de la amistad. La amistad de un tártaro hermético y la jovial filosofía cínica del pelirrojo alocado...

Pero últimamente, un pensamiento se imponía sobre todos los demás, reapareciendo en su cerebro con torturante continuidad.

No podía desentrañar la misteriosa sensación inexplicable que le había producido cada una de las tres veces, la voz, la mirada y la postura del conde Ferblanc. Una figura que en las nieblas de su pasado debió conocer, porque despertaba emociones que debió sentir en otra etapa de su vida.

Y diez y seis días antes, al percibir sobre su rostro la mirada del conde Ferblanc, había sentido un absurdo deseo de llorar sin saber por qué.

Tal vez, pensaba ahora, debíase a que en aquella mirada del llamado “león plateado”, alentaba un viril cariño también inexplicable... Inexplicable, porque entre los muchos jinetes que día tras día los habían ido acorralando hasta aquella llanura, se encontraba el conde Ferblanc.

Galopaba al frente de diez hombres, que no llevaban uniformes de soldados como los demás.

Entre aquellos diez hombres había reconocido al canoso individuo de rostro surcado de cicatrices y a su acompañante de redondo semblante, mezcla de descaro e ingenuidad.

Los dos hombres, a los cuales en el “acotado” de Gregor Fedoropulos habíales salvado de comprometida situación, obedeciendo a un repentino impulso que le había obligado a acudir donde acababa de oír la bronca voz del hombre de las cicatrices... [3]

Miró hacia la lejanía neblinosa, al Este, donde extendíase la comarca desconocida. Había oído decir que quienes se habían aventurado por la región del río caudaloso, nunca habían regresado.

Un río como un mar, surcado, según leyendas que corrían, por fascinantes sirenas guerreras...

Una ráfaga de viento hizo crujir los maderos. Chillando agudamente, varios pajarracos penetraron en el interior por una grieta del techo.

Con la brusquedad de las tormentas ecuatoriales, desencadenáronse los elementos.

Aulló el viento y el repentino fulgor de los relámpagos rasgó el cielo, mientras el retumbar del trueno era como ensordecedor redoble de tambores gigantescos.

Densos goterones fueron cayendo, para ir luego disminuyendo en tamaño y arreciar en intensidad.

Diego Lucientes, en pie, murmuró varias imprecaciones, mientras rascábase el cuerpo.

Tartar, recogió las bridas de los tres caballos, inquietos y asustados.

—Ni siquiera aquí es posible descansar—gruñó Lucientes—. No hay quien duerma en ese cobijo de alimañas.

Acercóse al umbral de la puerta, la cual yacía carcomida en el suelo.

—Una buena fogata calentaría mis huesos. Pero... ni ese recurso nos queda. Los sabuesos verían el fuego... o tal vez no lo verían, porque los árboles no dejan ver el bosque y el rayo no permite ver la hoguera.

—A caballo—indicó lacónicamente Cheij Khan, descendiendo y, sin prisas, montando el suyo.

—¡Vaya nochecita para un paseo romántico.!—quejóse Lucientes.

Miró hacia donde señalaba Cheij Khan.

En el horizonte occidental, al resplandor de un relámpago, divisó un grupo de jinetes avanzando en ancha formación.

Brillaban, heridos por la luz tormentosa, los emblemas y galones de los soldados.

—Muy mal debo yo oler cuando no pierden mi pista — comentó Lucientes, montando a caballo—Les empiezo a tener inquina a esos testarudos. Por culpa de ellos, vengo comiendo fruta y bebiendo jugos de cañas, y tengo ya callos en salva sea la parte, ¡maldita sea!

Abrió camino Cheij Khan, y entre raudales de lluvia, de nuevo los tres jinetes, con Tartar a retaguardia, emprendieron el galope hacia el Este.

El viejo molino, espectral, movía sus aspas, como grandes brazos sarmentosos que amenazasen.

Los clarines de los soldados, anunciando que de nuevo estaban avistados los perseguidos, tenían resonancias de “hallalí” cazador.

Pero la ventaja de los tres aventureros, conseguida desde el principio de la larga escapada, seguía conservándose.

Desaparecieron entre la cortina líquida de la lluvia y la niebla que desdibujaba ya los contornos de la frondosa cordillera, cuya vertiente opuesta se miraba en las nacientes aguas del Amazonas.

Capitulo II

Un castillo derruido

Amanecía. La escoba de la madrugada barría los últimos restos de la tormenta, esparciendo luz diáfana por los contornos selváticos de las montañas.

Bajo el sólido techo natural firmado por copudos árboles que tupidamente entrelazaban en lo alto sus ramas y tendido sobre el mullido lecho de un césped blanco, Diego Lucientes roncaba beatíficamente.

A su lado, Cheij Khan dormía.

Tartar, en pie y fuera del contorno de la arboleda, manteníase vigilante entre dos peñas, desde las que divisaba la ladera y la llanura, donde, muy lejos, el viejo molino manteníase inmóvil, empequeñecido por la distancia.

Negreaban alrededor del molino puntitos obscuros: caballos y jinetes, formando retaguardia de los que acampaban en la base de la ladera de la montaña.

La luz fué hiriendo cada vez con más intensidad, hasta que despertóse Cheij Khan.

Desperezóse con indolencia felina y acercandose a un matorral, fué cogiendo rojas cerezas silvestres. En algunas hojas anchas, umbrosas, la lluvia había depositado agua, que bebió el hijo del Pirata Negro, mientras Lucientes, sentado, bostezaba.

—Encantos de la naturaleza. Comida y bebida al alcance de la mano. ¡Por cien mil pares de vírgenes! Daría yo una pierna por un garrafón de tinto y media arroba de eso tan delicioso que llamamos puerco, tocino, cerdo y marrano.

En silencio, aproximóse Cheij Khan a su caballo, al cual condujo a un reguero de agua formado por la reciente lluvia.

Poco después, montados los tres hombres, puso Cheij Khan al

paso su montura.

Junto a él, Diego Lucientes respiró a pleno pulmón:

—Hermoso es vivir libre de toda obligación, alejarse de lo cotidiano. ¡Cambiar de ambiente a todo trance! Interrumpir la rutina que adormece el alma y el cuerpo; impedir que se nos muera la facultad de metamorfosis. ¿Qué somos ahora? Unos viajeros sin rumbo fijo. Esto es vivir.

—Los seres felices tienen hogar, techo y reposo.

—¡Bah! Eso es el cuento de nunca entendemos. ¿No dicen que el hombre feliz no tenía camisa? Menos, pues, tendría techo. El tenerlo preocupa. Hoy son goteras, mañana el alguacil que reclama el pago... Lo que estimula las dormidas fibras es ir hacia lo desconocido, encontrar nuevos ambientes, nuevas inquietudes. ¿Qué nos espera? ¿Puedes imaginártelo?

—Escrito estará ya en nuestro libro.

—Me gustaría pillar al que escribe mi libro. Seguramente será algún panzudo y calvo apocado, que en su vida habrá salido de su covachuela y allá, con pluma pobre y mala rafia, me está atormentando.

—¿No dices que vivir como vivimos es hermoso?

—A veces... siento nostalgias de detenerme, calzar zapatillas y oler a guiso casero. Pero debo seguir adelante, porque no encuentro tranquilidad.

—Tal vez no la puedes tener, porque tu espíritu no se acomoda a la paciente resignación del hombre feliz en su mediocridad estable de hogar, pan y familia.

—¡Espuelas!—gritó Tartar.

Había sido su aviso de que los soldados acortaban distancias, en varias ocasiones.

Y de nuevo, los tres perseguidos lanzáronse al galope, escalando la montaña.

Aumentaba la vegetación y pronto pudo Tartar, gritar:

—¡Fuera de alcance!

—¿Sí?—rezongó Lucientes, frenando en seco y encabritando su caballo que alzóse de remos.

Acababan de dar un viraje y en la cima del monte, el sendero natural desembocaba en la repentina aparición de una fortaleza.

Un castillo berroqueño, achatado, gris, de redondas almenas

avizoras, puente levadizo, rastrillos y foso circundante.

—¡Maldita sea el queso holandés! Nos van a zumbar lluvia de cañonazos. ¡Estamos copados! Atrás los del Tercio, avante esos de la guarnición del castillo... Si echamos por los lados, nos cazan. Es la última frontera y hay a lo largo fortalezas...

—Es un castillo derruido—comentó Cheij Khan, atajando las divagaciones del madrileño—. Habla, Tartar.

Tartar, empinado sobre los estribos parecía olfatear...

Un salvaje instinto racial, le estaba dictando las palabras que lentamente pronunció:

—Es castillo sin vida, capitán Cheij Khan. No hay armas ni soldados. Pero hay algo que no puedo adivinar. Seres poco humanos... Hay vidas distintas a las conocidas...

—¡Vaya! Tú lo que quieres es ponerme la piel de gallina... ¡A1 toro que es una mona! El castillo nos cierra el paso,... Veamos lo que tiene dentro de la panza. Y dicen los cronicones de libros de caballerías, que no hay castillo sin bodega, ni almena sin escape. Mi parecer es que, hartos de correr, podríamos meternos ahí. Si hay fantasmas, sudaremos, pero si no hay soldados, estaremos a gusto. Propongo una exploración. ¿De acuerdo, "Chacal"?

Limitóse Cheij Khan a dirigir su caballo hacia la masa gris de macizos contornos bélicos.

El puente de piedra que aparecía ante el levadizo—pues dos eran los profundos fosos—resonó bajo los cascos del caballo de Cheij Khan, quien, como fiera alerta, contemplaba el silencioso edificio.

Tras él, Diego Lucientes, formando bocina con las manos, gritó:

—¡Albergue para sedientos viajeros! ¡Ah, del castillo!

El eco cesó y continuó el hosco silencio absoluto.

—Mienten los cronicones que me aseguraban que la hospitalidad de los castillos era magnífica. Pero casi prefiero eso a tener que reventar los ijares de mi penco, huyendo de lluvia de plomo. Tendrá razón Tartar. Esto debió ser castillo de los conquistadores, abandonado por razones de peligro; quizá, por la proximidad de la fauna y misterios del Amazonas.

—El foso está seco—hizo constar Cheij Khan—. Recórrelo dando la vuelta al castillo Tartar.

El lugarteniente obligó a su caballo a avanzar por el hondo

cinturón que rodeaba los cimientos del castillo.

Repitió Lucientes su gritó al desaparecer el tártaro:

—¡Ah, del castillo! ¡Carne y vino para viajeros agradecidos!

Continuó el silencio como respuesta.

—Una poterna. Eso es lo que hay que buscar. Habrá puerta pequeña, más fácilmente franqueable que ese portalón de hierro.

—Esperemos el regreso de Tartar. Seguramente él sabrá descubrir una vía de acceso al interior. Es curioso, pero también tengo yo la sensación de que hay alguien... ahí dentro. Siento una mirada que nos vigila...

—¿También tú estás oliendo trasgos y brujas? Tentaciones me entran de volver grupas. Me gusta lo extraño, pero sin abusar, ¿eh? Que tú y Tartar tenéis aspecto de fieras olisqueando... ¡Repámpanos! ¿Qué es eso?

Un sonoro crujido resonó por dos veces en el espacioso ámbito silencioso, sólo turbado por los comentarios en voz baja, que hasta entonces hicieron los aventureros.

—Cadenas—dijo Cheij Khan.

—Eso me pareció. No me gustan las cadenas.

Tartar apareció en dirección opuesta a la que antes siguió. Acercóse al trote...

—No hay más entrada que esta puerta, capitán Cheij. A menos que con cuerdas y lazos tratemos de escalar los muros que...

Otro crujido precedió a una serie de ellos... Lentamente, el puente levadizo que cerraba la entrada al castillo, fué bajando, con ruidos que denotaban su estado herrumbroso.

Diego Lucientes, por reflejo, desenfundó su pistola, amartillando el doble cebo.

Cheij Khan obligó a su caballo a permanecer quieto. Tartar, tenso el busto, proyectó hacia delante el rostro expectante...

El puente levadizo quedó a ras de suelo, prolongando la senda que partía del puente de piedra.

La entrada era estrecha, formando un pasaje obscuro...

De pronto, Cheij Khan espoleó su caballo, lanzándolo hacia adelante, y contagiado por su impetuosidad, tras él abalanzóse Diego Lucientes, mientras Tartar desenvainó la espada cogida en el establo.

Los tres jinetes atravesaron raudos el pasaje y Cheij Khan frenó

rudamente su montura.

—¡Repámpanos!— exclamó Lucientes, imitando el gesto del hijo del Pirata Negro.

El espectáculo que se ofrecía a los ojos de los tres aventureros, era diametralmente opuesto a cuanto hubieran podido imaginar.

En vez de un patio de armas empedrado y sucio, la cuadrada extensión del recinto presentaba un idílico paisaje, impropio e increíble dado el exterior.

Era un frondoso jardín de alamedas breves, donde los rosales formaban arcos y el suelo era tapiz de toda clase de flores.

Y en el centro, un estanque cuadrado brillaba acariciado por el sol, mientras, majestuosamente, dos cisnes deslizábanse por la superficie ondeando el largo cuello.

No había vestigios de humana presencia. Pero los cisnes y la ciudada flora anunciaban que alguien vivía allí.

De nuevo un crujido, anunció que las cadenas del puente levadizo entraban en función, pava alzar la posada estructura.

Tartar siguió a Cheij Khan cuando éste, a pie y empuñando espada, dirigióse hacia el interior.

El tártaro llevaba por la brida el caballo sin jinete. Había comprendido...

Cheij Khan encaminábase hacia un cuarto lateral, donde asomaban los remates de un gran torno que iba girando lentamente: el torno que maniobraba las cadenas.

Se detuvo Cheij Khan en el umbral.

Un muchacho vestido con un taparrabos de piel, daba vueltas al torno que hacía ascender el puente levadizo.

A su lado, un gato montés, erizado el lomo, contemplaba amenazador al intruso.

—Hola, mozo. ¿Quién eres tú?.. ¿Quién vive en este castillo?

El muchacho, de fuerte musculatura, sonrió mostrando una blanca dentadura, uno de cuyos dientes despidió fulgor cegador.

Una esmeralda diminuta estaba engarzada en un incisivo...

Sonreía agitando la cabeza, sin dejar de maniobrar en el torno. El gato montés gruñó al dar un paso Cheij Khan.

Ya tras el hijo del Pirata Negro, Diego Lucientes y Tartar, contemplaban también la elástica y musculosa figura del muchacho de largos cabellos negros trenzados en cinco matas copiosas y cuyo

cuerpo bronceado era armónicamente esbelto.

—¡Habla y no cierres! ¡Abre el pico y deja quieto el torno!—exclamó Lucientes.

—Yo soy Augusto—replicó, incongruente, el muchacho, continuando en su maniobra—. Cumplo el deseo de Tumuc Humac, el Tayta.

Capítulo III

Tumuc Humac, El Tayta

—Este mozo nos está rizando los bucles. ¿Te llamas Augusto, no, cariño? Pues acaba ya con tus manejos, que no queremos tener la salida cerrada. Y tu gato me lo meriendo si sigue hablando en chino. ¡Para ya, "trenzudo"!

Iba a abalanzarse Lucientes al ver que el muchacho, sonriendo, continuaba dando vueltas al torno, cuando se detuvo.

Del fondo de la habitación, surgía una figura esquelética. Un hombre alto, magro, de rostro apergaminado, grandes ojos azules, calvo y vestido con larga túnica azul atada al cinto por un cordel dorado. Calzaba sandalias de piel y avanzaba con paso vacilante. Su voz tembló monótona, al anunciar:

—A salvo estáis. To soy Tumuc Humac. Este es mi nieto Augusto. A salvo estáis. "Yo soy Tumuc Humac. Este es mi nieto Augusto. Vuestros caballos descansarán y la fatiga desaparecerá. Sólo, yo y mi nieto, habitamos este castillo que fué la fortaleza avanzada del capitán español De Soto. A salvo estáis. Yo soy Tumuc Humac.

El extraño parlamento del esquelético Tumuc Humac, pareció tener la virtud de distender los músculos de Lucientes, la cautela de Tartar y el recelo de Cheij Khan.

—Ningún soldado entrará en el castillo y si pidiera paso, o intentara entrar, a nadie encontraría. Esta es la tierra donde empieza lo que los españoles llaman la embrujada y maldita comarca de los jíbaros, cortadores de cabezas. Seguidme, que tendréis hambre y sed. Estáis a salvo.

No era majestuoso en su andar y, no obstante, infundía sensación de serena placidez dominante.

—Seguidme—repitió, al pasar por entre los tres hombres.

Dirigióse hacia el inesperado jardín del estanque y el muchacho, cesando ya en su maniobrar, asióse al extraño del cordón dorado que pendía del talle del misterioso sujeto.

El gato montés fué tras ellos.

Encogiéndose de hombros, Diego Lucientes avanzó el primero. Tras él, siguió Cheij Khan, mientras Tartar, llevando de la brida a los tres caballos, cerraba la comitiva.

Al final del jardín, la ancha escalera que conducía al primer piso del castillo, mostraba por contraste una desidia y un abandono total.

Telarañas y polvo poblaban el suelo y paredes. Había huellas de pies desnudos, diminutas...

El anciano podía hablar con temblorosa voz y andar vacilante, pero daba también la impresión de poseer un fondo de vital energía insospechada.

Al final de la escalera, armaduras herrumbrosas semejaban montar una guardia perenne y fantasmal.

El muchacho, asido del cordón dorado, habló:

—Dime, Tayta, la puerta elegida.

—La que abre la sala del Aycha Camac.

Adelantóse el muchacho y corriendo fué a abrir una puerta, que rechinó al girar.

—Ahora conduce al *runa* con los *yuras* al *sayri*.

Marchóse el niño, y perplejo, musitó Lucientes:

—Parece zíngaro el anfitrión, ¿o será lenguaje de jíbaro?

La sala abierta no tenía más mobiliario que una larga mesa, en cuyo centro, sobre un pellejo, alzaba las cuatro patas, una res asada.

Cuatro frascos de verde cristal contenían un líquido rojo...

Junto a la mesa—que no tenía más de treinta centímetros de altura—y sobre las pieles extendidas en el suelo, había gran variedad de frutas.

—Comed y bebed — invitó Tumuc Humac—. Augusto fué a acompañar al hombre y los caballos al establo escondido. Él vendrá. Comed y bebed, sin miedo. Estáis a salvo.

—Tú no bebes vino, Cheij. Yo sí. Sólo comeré fruta y te dejo el asado. Si hay adormidera, uno de los dos despellejará al viejo. Y vos perdonad, Tumuc Humac, seáis quien seáis, pero no fiamos ni de nuestra sombra.

—Comed y bebed—insistió el anciano, mientras se recostaba en una de las pieles, cuya cabecera formaba a modo de respaldo de triclinio romano.

Rompió Lucientes el gollete de un frasco y bebió ansiosamente. Lo depositó medio vaciado.

—Así tenga veneno, este trago me ha sabido a gloria. Es... ¡vino de Anjou!

Y aquel descubrimiento de un vino de cepa francesa, sorprendió a Lucientes hasta el máximo.

—Es vino de Anjou—afirmó el anciano—. Os vi venir hacia aquí, perseguidos. Preparé la comida y el vino ayudado por Augusto. Yo soy Tumuc Humac.

—Comprendo—dijo Lucientes—. Yo soy Diego Lucientes, cabeza a precio. Huimos de los españoles. Pero soy español. Este caballero que me acompaña y que hace honor a vuestras viandas, es Cheij Khan, hijo de árabe y español. El gigante es Tartar, de raza exótica.

—La raza del Asia Menor, entre persas y boyardos, bañadas sus costas por el mar Rojo.

—¡Repámpanos! Vos estáis bien enterado de la cartografía. El vino es mi alimento y me despierta el cerebro y ya nace 1a natural curiosidad. ¿Quién sois?

—Tumuc Humac.

—¿Qué significa?

—Bienhechor amigo.

—Tal vez os cuadre el nombre. ¿Quién os llama así?

—Mis nietos y los jíbaros. Los primeros porque les di vida sencilla y los segundos porque les curé dolencias, tuvieron la bondad de llamarme Tumuc Humac.

—Tayta os llamó el Augusto de marras.

—Tayta significa padre. Los jíbaros me llaman el padre de todos ellos.

—Soy poco preguntón de costumbre, porque me revienta que a mí me pregunten. Pero reconoced, Tumuc Humac, que si me asombro, no es por haber visto pocas cosas en mi vida. Este castillo abandonado, el estanque de los cisnes, vuestra presencia...

—Todo lo iréis sabiendo. Comed y bebed.

Entró Tartar, seguido por el muchacho.

—Los caballos en lugar seguro, capitán Cheij, pero allí quiero

volver para vigilar. No comeré ni beberé hasta que tú no me envíes carne y vino. Desconfío, capitán Cheij. El establo tiene huellas de muchos caballos.

—Vuelve al establo, Tartar. Yo iré con el muchacho, cuando sepamos que no hay hierba mala en el yantar ni en la bebida.

El anciano, al marcharse Tartar, dió una lenta cabezada:

—La tierra de donde venís obliga a desconfiar. Yo sé que estáis a salvo. Pero vosotros sois aventureros y no tendréis reposo hasta que no quedéis convencidos de la verdad.

Tendió Cheij Khan un trozo de carne que acababa de arrancar de un cuarto trasero:

—¿Queréis acompañarnos en la comida, Tumuc Humac?

—*Tres volontier*—replicó, en francés, el extraño anciano.

Y hubo una sonrisa irónica en el destello de sus grandes ojos azules, mientras con dientes, de ancha albura, mordía la carne ofrecida.

Acercóse Lucientes con el frasco de vino ya a medias vaciado.

—Un buen sorbo de Anjou—invitó, en francés.

Y en el mismo idioma, Cheij Khan, añadió:

—Vuestro hablar es puramente parisino, Tumuc Humac. Otra novedad extraña.

—Y creo que sólo empezamos a intrigarnos—acotó Lucientes.

El anciano comió y bebió con juvenil apetito. Lucientes devoró y apuró carnes, frutas y vino. Cheij Khan tomó fruta, alguna de las cuales era jugosísima, lo que equivalía a beber.

Tumuc Humac enjuagóse la boca con un sorbo de vino, produciendo ruidos discordantes.

—Perdonad, señores — explicó en francés—ésta descortés manifestación de limpieza. Pero el vino así empleado al finalizar yantar, blanquea los dientes y fortifica la carne del paladar, haciendo desaparecer los vestigios de comida que, conservados en los intersticios de los dientes, enuncian y dan aliento grosero.

—Mucho sabéis, Tumuc Humar.

—Una larga vida dediqué al estudio, otra a la aventura, otra al amor y la más provechosa estuvo consagrada a practicar el bien entre los quo equivocadamente son llamadas salvajes en nuestras patrias, donde la aparente respetabilidad encubre maldades de las que huí felizmente.

—Cuatro vidas en una.

—La existencia humana no es más que un suceder de experiencia, donde el niño pregunta siempre el porqué de todo cuanto ve, el adolescente trata de indagar por sus propias luces, el hombre se entristece llegando al para qué que substituye a su curiosidad primera y el viejo comprende la inutilidad de todo.

—¿Cuántos años tenéis, Tumuc Humac?

—En francés estamos hablando… Y recuerdo cuando yo era Víctor Montjoy, maestro en humanidades de la Sorbona. ¿Cuántos años tengo, señor Lucientes? Nací en la ribera izquierda del Sena un febrero helado de 1615.

Capitulo IV

Víctor Montjoy

—¡Repámpanos!—exclamó Lucientes asombrado—Si Pitágoras no era un farsante y vos tampoco lo sois, pretendéis tener la friolera de ciento siete años.

También en español, replicó el francés:

—Ningún provecho obtendría de atribuirme más años de los que he cumplido. Yo soy Tumuc Humac, el Tayta, para mis nietos, hijos y los jíbaros. Pero hace años que no acudieron a este castillo, seres de la raza blanca. Hoy, pues, celebro poder hablar con los supuestos civilizados, que se sangran en luchas y se amargan en ambiciones, conseguidas pisoteando a los demás, menos capacitados o más honestos. Soy, pues, por ahora, Víctor Montjoy.

—Seáis quien seáis, sois interesante. Pero antes de continuar conociéndonos, debo recordaros mi confesión de que somos tres cabezas a precio. Los soldados pueden sospechar que estamos aquí.

—No lo sospecharán.

—¿Por qué?

—Muchos blancos llegaron hasta aquí. Eran también perseguidos, huyendo, o aventureros atraídos por el Amazonas y sus riquezas. Los jíbaros redujeron sus cabezas a pequeñas figuras sin vida.

—Tate... ¿Y quién dió la orden de cortar esas cabezas y hacer con ellas miniaturas en filigrana?

—Yo.

La sencillez con que replicó el francés, hizo que Diego Lucientes riera con sincera satisfacción.

—Al menos no sois un hombre reservado. Tenéis el valor de vuestras convicciones. Yo tengo una pistola de doble cebo. Si queréis cumplir ciento ocho años, no traeréis acá jíbaros escultores.

¿Por qué disteis orden de cortar la cabeza a los que buscaban refugio como nosotros?

—Eran malvados, esclavos de sus pasiones. Hubieran mancillado el puro espíritu de mis nietos, hijos y jíbaros.

—Vaya. Todo depende del cristal a través del cual se mira. O sea, que para no mancillar el puro espíritu angelical de esos salvajes, vos, el bienhechor amigo, ordenasteis que fueran decapitados los que seguramente, como nosotros, habían logrado evitar que el verdugo les separase la “calabaza” del tronco. He oído narraciones de viajeros, que por pelos escaparon de los jíbaros. Y éstos tienen la artística habilidad de convertir en cabecitas las que son humanas y naturalmente de tamaño regular.

—Arena caliente, maceración y jugos, facilitan la tarea de mis escultores.

—Bien, *monsieur* Víctor Montjoy. Miradme la cabeza. Es poca cosa, pero le tengo mucho aprecio.

—Los que la dejaron a manos de mis escultores jíbaros, fué porque conocedores de ciertas peculiaridades de la tierra al oriente del castillo, dejáronse dominar por sus pasiones de codicia, lujuria y maldad. Algunos viven, porque fraternizaron. Eran aventureros nobles de corazón. ¿Lo sois vos, señor Lucientes?

—Tal vez me defina para un profesor de humanidades de la universidad francesa, diciéndoos que me es simpática la despreciable humanidad a la que pertenezco, porque yo, considerado un buenazo, tengo a instantes pensamientos que me asustan y me dan asco de mí mismo. No los realizo y por eso tengo alegre melancolía y desconfío de los risueños sin melancolía.

—Interesante; continuad, por favor.

—Quien no posee ese poso de honda tristeza, es, o bien un imbécil que ha corrompido su inteligencia saciando sus más obscuros apetitos. El que reprime y domina sus morbosas inclinaciones, es melancólico por inhibición al no dar satisfacción a sus instintos primarios.

—Vos estudiasteis humanidades, amigo.

—Al correr de la aventura, en la cátedra del tropiezo, de la fracasada ilusión y del anhelo de algo plácido.

—Yo os puedo brindar la bella aventura, plácida, limpia y noble, señor Lucientes. Vuestras palabras me han complacido. Si

continuáis recelando, podéis salir de este castillo. Si me honráis permaneciendo aquí, nunca lo lamentaréis, si no os dejáis dominar por las pasiones inmundas que torturan al espíritu humano. Yo reino en mucha extensión poblada por seres primitivos.

—Primitivo quiero ser, acatando la ley natural, si es posible, que el no tener miedo a la ley hace de los salvajes seres nobles.

—No lo dudéis. Vos, capitán Cheij, sufrís también tal vez de desengaños. Podríais hallar olvido y paz en mi reino. Excusad la petulancia pero me enorgullezco de reinar por la bondad. Una bondad que me proporciona la fidelidad absoluta de mis amigos, porque no es bondad blanda, sino rectitud justiciera. En silencio nos habéis escuchado, y más lo admiro en joven de vuestra escasa edad. ¿Dieciocho años?

—Lo ignoro. Quizá tenga veinte… Pero mi alma es vieja.

—No.

—¿Qué sabéis vos?

—Si fuera vieja, estaríais resignado con vuestro destino.

—¿Por qué nos brindáis refugio y atisbos de paraíso en la tierra? No creo en los que hablan de bondades ni en los paraísos terrenales.

—Tampoco creía yo cuando, teniendo treinta y ocho años, me extravié por estas tierras. Podéis iros si queréis, capitán Cheij. Pero sé que os quedaréis.

—¿Por qué lo aseguráis?

—Al sur, oeste y norte muchos soldados os cierran el paso, y tarde o temprano sucumbiríais. Al este se halla la paz y el olvido. No sois aventureros de poca monta. Muchos son los soldados lanzados en vuestra persecución. Aquí no vendrán, y si vinieran, os daría aviso por mediación de Augusto, mi nieto preferido. Ahora tenéis la libertad de decidir: la hosquedad del ambiente en que habéis vivido, o la serenidad de un renacer a la vida sencilla, primitiva y feliz, si el corazón manda al cerebro.

—Podemos ir hacia el este, sin aceptar vuestras amabilidades.

—No, señor Lucientes. Allá es tierra de paz para el que yo considere mi amigo, dispuesto a olvidarse que es humano. Sois tres hombres fuertes y decididos a todo. Pero el fin que allá os aguardaría os lo puedo predecir, sin que para nada intervenga, yo.

—¿Qué pronosticáis?

—Esquivaréis quizá los dardos de los jíbaros, que matan sin

tortura, porque disparan emboscados y recto al corazón cuatro flechas por hombre. No quieren que la muerte sea lenta. Esquivaréis quizá las mordeduras de reptiles y fieras, contra cuyos venenos no conocéis la curación. Jíbaros y fieras andan a pie y a rastras. Pero si no sucumbís por flecha o veneno, nunca atravesaréis las tierras donde reinan las Damas del Arco.

—¿Quiénes son esas damas?,

—Lo sabréis si os quedáis y también si os vais. Me dijisteis antes, señor Lucientes, que yo era buen cartógrafo. Puedo deciros que yo soy el único blanco que conoce toda la extensión bañada por el mayor de los ríos. Comarca que algún día, en venideros siglos, cuando la tierra esté superpoblada y el progreso invente armas nuevas y artefactos ingeniosos, podrá ser la tierra del porvenir. Pero habrán de pasar muchos años,.. Hoy por hoy, ésta es la tierra llamada maldita y embrujada. En ella perecieron los más audaces conquistadores. Y en ella sólo podrá vivir el blanco que, como yo, renuncie a toda civilización y cumpla sólo la orden de su propio corazón.

—Tentadoras son vuestras palabras, Víctor Montjoy. Pero os debo reiterar que nosotros, por azares y experiencia, ya no fiamos en nada ni en nadie.

—Yo soy un anciano de débiles brazos. Vosotros sois jóvenes, recios y avezados a lucha. Tres cabezas a precio, una de ellas vigilando por las otras dos durmientes. Tengo quehacer. Elegid almena que os ofrezca escape en caso de temor. Con vosotros mantened vuestros caballos, pero si relinchan, los soldados pueden, venciendo todo pánico, introducirse aquí. Tengo quehacer. No hagáis intención de seguirme, señor Lucientes. Respetad mis pasos libres, como yo respeto los vuestros. Si me espiarais, hallaríais muerte. Elegid el sitio que mejor os plazca, menos el jardín. Aseguraos de tener vía de escape y aguardad a mañana. Hasta mañana, señores.

Dirigióse lentamente el anciano hacia la puerta, y, ya en ella, volvióse:

—Vierais lo que vierais esta noche, no intervengáis, mientras no presumáis un peligro para vosotros. Sois aventureros acogidos a mi refugio, pero no llegaría mi bondad hasta el extremo de permitir que un afán curioso os hiciera no escuchar mis consejos. No bajéis

al jardín... Si queréis partir ahora, hacedlo.

Cheij Khan habló con sequedad:

—No partiremos hasta que mañana os oigamos de nuevo. No bajaremos al jardín. Veamos lo que veamos, nada haremos, salvo para evitar que nuestras cabezas peligren. Hasta mañana, Víctor Montjoy.

—Hasta mañana, Tumuc Humac— saludó Lucientes.

El misterioso anciano abandonó la estancia, y Diego Lucientes rascóse la sien, para después pellizcarse el extremo de la nariz.

—Lo que sea será — dijo Cheij Khan, volviendo a tenderse, mientras en la sala entraba el muchacho llamado Augusto.

Capítulo V

El estanque de los cisnes

—El hombre con los caballos debe venir aquí, Augusto—indicó Lucientes—. Díselo.

—El hombre con los caballos pide la orden del *runa* de negros cabellos —replicó el muchacho, sonriendo afablemente.

—Que venga, y tú regresa aquí— dijo Cheij Khan.

Poco después aparecía Tartar, seguido por el rumor de las pezuñas de los tres caballos. Se detuvo en el umbral, y Diego Lucientes fué a recoger las tres riendas de los animales, que no podían entrar por la estrecha puerta.

—Come y bebe, Tartar — invitó Cheij Khan—. Después buscaremos sitio desde donde ver sin ser vistos, y desde donde poder huir si el peligro lo exige. No puede ser el jardín,

—Tumuc Humac, el Tayta—intervino Augusto—, dice que en el establo no debéis entrar.

—No tiene escape—manifestó Tartar, mientras masticaba—. Mal lugar de escondrijo, capitán Cheij.

—Mi padre era capitán—dijo, inesperadamente, el muchacho.

—¿No eres nieto de Tayta Tumuc? —inquirió Lucientes.

—El Tayta nos llama así a cuantos no hemos cumplido los veinte, y son sus hijos los de más edad. Todos somos sus hijos y nietos.

—¿Cuántas esposas tuvo el barbián?—sonrió Lucientes.

—Nunca tuvo esposa. Yo tengo quince años. Mi padre era un capitán español que se perdió en la selva con tres soldados. Murió de fiebres por desobedecer a Tayta Tumuc.

—¿Y quién fué tu madre?

—No la conocí, señor de rojo cabello. Pero debo ahora irme, porque me espera Tayta Tumuc, he hablado demasiado.

Siguió el tártaro saciando su sed y apetito, mientras Lucientes, en la puerta, vigilaba el pasillo, donde las armaduras herrumbrosas mostraban algunas rendijas y brechas.

Cheij Khan salió, y al poco tiempo regresaba.

—Venid. He hallado sitio donde esperar.

Cada uno asió por las riendas su caballo, para poco después entrar en una plataforma sin techo, de la primera almena circular.

Era un torreón desde el cual se divisaba todo el espacio circundante, mientras, saliéndose de él, en la circular franja pedregosa, se llegaba al muro que daba al jardín, en cuyo centro el estanque destellaba acariciado por el sol.

—Me gusta el sitio y las promesas del viejo francés—comentó Lucientes. —Dormid, que vigilaré.

—No tengo sueño. Duerme tú, Tartar.

Alejóse Cheij Khan, mientras Tartar se tendía en el torreón.

Diego Lucientes le imitó.

Durmieron ambos pesadamente, hasta que abrió Lucientes los ojos, porque tenía conciencia de que la luz diurna habíase ocultado.

A su lado, Cheij Khan, tendido, dormía, mientras Tartar, en pie, giraba lentamente la cabeza, en vigilante mirada.

Diego Lucientes no podía calcular el tiempo qué llevaba durmiendo. Se aproximó al bordo que daba al patio florido, y pestañeó repetidamente.

Los cisnes, inmóviles, hundían las cabezas entre sus plumajes.

El estrellado y diáfano cielo daba la suficiente claridad para que, sin lunares resplandores, fuera visible el espectáculo que asombraba a Lucientes.

Un ente diminuto, sólo vestido con taparrabos, llevando al hombro un carcaj con pequeñas flechas, estaba arrodillado besando la orla de la larga túnica de Víctor Montjoy.

Sentada en el borde del estanque, una mujer de opulenta cabellera rubia, que caía en cascada desparramándose por su espalda y hombros, hundía su mano en el agua del estanque.

Vestía una corta falda amarilla, y una coraza del mismo color. Sus pies, calzados en sandalias, estaban desnudos, y por la torneada y blanca pierna ascendía, en abrazo de sujeción, la doble tira de la sandalia.

Quedóse inmóvil Lucientes, mientras allá abajo, en dialecto

jíbaro, Víctor Montjoy respondía al humilde saludo del indio arrodillado:

—Estoy contento al verte de nuevo antes del tiempo fijado, Chunca-Huc.

—Mi corazón brinca de gozo, Tayta Humac—dijo el jíbaro, poniéndose en pie.

—Necesito tres cabezas, Chunca-Huc. Tú eres el mejor escultor jíbaro.

—Enseñé a muchos de tus hijos y nietos, Tayta Humac. Los que siempre te bendicen.

—Hay tres hombres que pueden ser mis amigos. Los persiguen los *runas*. Tú supiste hallar el medio de modelar rostros humanos, sirviéndote de pupilas, piel y pelo de animales. Yo te enseñé a usar el carbón para dibujar. Tú podrás ver a los tres hombres sin que te vean. Sabes deslizarte. Dibuja sus rostros y empieza a trabajar. Necesito tres cabezas reducidas que parezcan las de ellos. Y si no fueran dignos de ser amigos míos, entonces... orden le daría para disecar sus propina cabezas.

—Puedo ahora dibujar, Tumuc Humac y al amanecer tendré las tres cabezas, porque quiero complacerte siempre y pronto.

—Al amanecer, deja las tres cabezas en mi sala de estudio. Ya te mandaré a buscar para hablar más largamente contigo. Chunca-Huc.

Marchóse el jíbaro.

Víctor Montjoy colocó su diestra sobre la cabeza de la mujer, la cual, como en éxtasis, se levantó para asir la mano que la había acariciado paternalmente.

Y besando la diestra apergaminada del misterioso Montjoy, dijo ella con voz grave, en francés:

—Grato momento éste que hasta aquí me trajo por tu orden, Tumuc Humac.

—Tres nuevos *runas* han llegado, Yohanna. Podrán quizá llegar hasta tus dominios.

—Acataré lo que ordenes.

—Uno de ellos es alegre y parece superficial. El otro, es más joven, y parece reflexivo. El tercero es salvaje, y tal vez sea el único que podrá vivir entre vosotras.

—Dime sus nombres, Tumuc Humac.

—El de cabello rojo se llama Diego Lucientes. Tiene, a instantes, 1a sonrisa agria del que mucho ha vivido. El joven se llama Cheij Khan, y es un bello *runa*. Tartar es el nombre del tercero. Los tres son fuertes.

—Fuiste para mí muchas veces consuelo de mis quebrantos y descanso en mis anhelos. ¿Puedo preguntarte por qué ahora está Chunca-Huc dibujando los semblantes de los tres *runas*?

—Mañana serán las tres cabezas lanzadas cerca de donde acampan los soldados. Quiero yo que esos tres *runas* sean mis amigos o mueran sin salir del castillo. Nadie sabrá quién es Tumuc Humac.

—Mis amazonas, ocultas están en el establo. Si hay peligro para ti, contigo quiero quedarme.

—No, Yohanna. Vuelve con tus amazonas. Te mandaré a Augusto si hubiera peligro. Hasta pronto, Yohanna.

Marchóse ella después de besar la orla de la larga túnica, en ágil flexión de cintura, pese a la elevada talla de su corpulenta figura, quo aparecía moldeada por la coraza.

Víctor Montjoy, como el monje ascético que regresa a su celda, desapareció del jardín.

* * *

En lo alto de la almena, Diego Lucientes sonrió picarescamente:

—Buena moza la rubia de la coraza —comentó en alta voz—. Esto se pone ameno, Dieguito. Vino de Anjou, descanso, carne bien asada, rubia apetitosa. A lo mejor el centenario y pico tiene razón. ¿Estaremos en el paraíso que todos buscan?

Cuando el jardín quedó desierto, volvióse Lucientes. A su lado, desde hacía unos instantes, se hallaba Cheij Khan, apoyado en el borde de la rampa pedregosa.

—¿Viste, “Chacal”?

—Una mujer con coraza de oro y un arco cruzando su espalda, con tres largos venablos.

—El arco no lo vi yo... porque la falda me atraía... ¡Diablos! Esa señora es una dama del arco... Una de esas fieras de que nos habló el francés.

—No hay soldados por los alrededores, Lucientes. Podemos esperar hasta mañana al amanecer.

* * *

Un jíbaro deslizóse por entre la maleza cuando ya hacía dos horas que había amanecido.

Estaba orgullosísimo por las palabras de alabanza que le había tributado Tumuc Humac.

Eran en verdad tres obras de arte, porque el pelo rojo había sido difícil de entintar con savia de fruta.

Las mortecinas pupilas de las tres pequeñas cabezas que llevaba envueltas en largo saco de piel pertenecían a tres animales distintos: a un perro salvaje de monte, las del tártaro; a un tigre, las del pelirrojo, y a un lobo, las del esbelto joven.

Tres obras de arte, en las que las manos de Chunca-Huc habían esculpido la piel tensa, macerándola...

Y en la explanada en cuyo centra se alzaba el viejo molino, un soldado gritó...

A su alrededor juntáronse los otros, que acudieron presurosos, y todos contemplaron, íntimamente atemorizados, lo que el primer soldado acababa de extraer del fondo de un saco abandonado:

Tres cabezas humanas...

Próximo episodio:

LAS DAMAS DEL ARCO

Notas

[1] Véase El verdugo espera. < <

[2] Véase La voz de la sangre. <<

[3] Véase Aguas Revueltas <<